

La Esfera



Año II * Núm. 87

Precio: 50 cénts.



Lo mejor para el pelo



¡ Qué fresca y qué limpia queda
la cabeza después de una fricción
con **PETRÓLEO GAL** !

A.Ehrmann.

LOS OLVIDADOS VICTORIANO BÉCQUER

CUANDO murió el pintor Valeriano Bécquer, su hermano Gustavo Adolfo, el gran poeta de las rimas, dedicóse á cultivar su memoria. Quería glorificar al caído, atrayendo hacia él la curiosidad y admiración populares. Para este objeto empezó á coleccionar sus dibujos. Deseaba hacer con ellos un libro, que él avaloraría con algunos comentarios originales...

El propósito no se cumplió. Escribió una biografía, hasta hoy desconocida, relativamente, y siguió encadenado á la ruda necesidad de tener que ganarse la vida dirigiendo aquella *Ilustración de Madrid*, donde hay tanto de Gustavo Adolfo que recoger.

Los deseos del gran poeta, unido siempre al hermano, con quien compartió las vicisitudes de la caprichosa fortuna, no se realizaron. Olvidado quedó Valeriano, obscurecida, hasta tal punto, su gloria, que se dió el caso de que cuando se exhumaron sus restos del cementerio de San Lorenzo, en 1913, nadie hubiera fijado su atención en su féretro si el Sr. Rodríguez Marín no hubiese tenido la feliz idea de coger unas cuantas flores del ataúd de Gustavo Adolfo para colocarlas sobre el del hermano.

Ninguno de los allí presentes se había acordado del pobre y desconocido pintor. Esto se explica por la magnitud de la grandeza de Gustavo Adolfo Bécquer, capaz de entenebrecer, con su poderosa luz, todo lo que dentro de su órbita se halle...

ooo

Cuando vino á Madrid Valeriano Bécquer, en 1861, acababa Gustavo Adolfo de sufrir los primeros ataques de la terrible dolencia que acabó con él. En su compañía fué al Monasterio de Veruela y juntos pasaron los dos hermanos, en aquellas soledades, más de un año.

Si la pluma del poeta no estuvo ociosa, ni su inspiración dormida, como nos lo prueban las admirables cartas que, desde su celda, remitió á *El Contemporáneo*, tampoco lo estuvieron ni el lápiz ni el pincel de Valeriano.

Allí dibujó y pintó mucho. Entre otras cosas, compuso sus cuadros *En busca del diablo*, *La pecadora* y *La vendimia*.

De vuelta á Madrid, obtuvo de Alcalá Galiano una pensión para viajar por España, estudiando las costumbres. La pensión era escasa: diez mil rea'es al año. Pero con ella se contentaba el pintor, que decía, según el testimonio de Gustavo Adolfo:

—Yo no quiero más sino que se me dé de comer y de beber lo suficiente. Y luego, mu-



El pintor Valeriano Bécquer, hermano del gran poeta

la doble fraternidad del espíritu y la carne. Fué aquel un golpe que no pudo resistir. Poco le sobrevivió. Cayó el poeta, de las eternas tristezas á la región de las perpetuas sombras, á los pocos meses que su hermano. Su mayor deseo—como hemos dicho—fué que éste hubiera gozado de la popularidad debida. La fatalidad se opuso á ello. Pero á nosotros nos parece, teniendo en cuenta el gran amor del poeta hacia el pintor, que glorificamos á Gustavo Adolfo al recordar á Valeriano.

Compadecer á los caídos, amar á los humildes, estimar cordialmente á los que en la lucha por la vida fueron arrollados por la fuerza de su destino ciego é implacable, es obra reparadora y noble. ¡Desgraciado de aquel incapaz de compadecer á los débiles y de ver en cada uno de los que sufren y lloran el eterno símbolo de la Humanidad doliente!...

ooo

Refería Gustavo Adolfo, en una carta dirigida á Augusto Ferrán, que cuando niños era tal la afición de Valeriano á la pintura, que las noches de luna, como después de acostados les quitaban la luz, se levantaba y, abriendo el balcón, se ponía á dibujar, aprovechando la indecisa y poética claridad de aquella.

Entonces, mientras su hermano leía ó soñaba en alta voz, el futuro pintor esforzábese por dar vida al revuelto mundo fantástico é irreal que creaba la calenturienta y precoz imaginación de Gustavo Adolfo. Y así les sorprendía la madrugada. Empeñados en aquellos locos anhelos, que á los hombres conducen á la gloria, á la locura ó á la muerte...

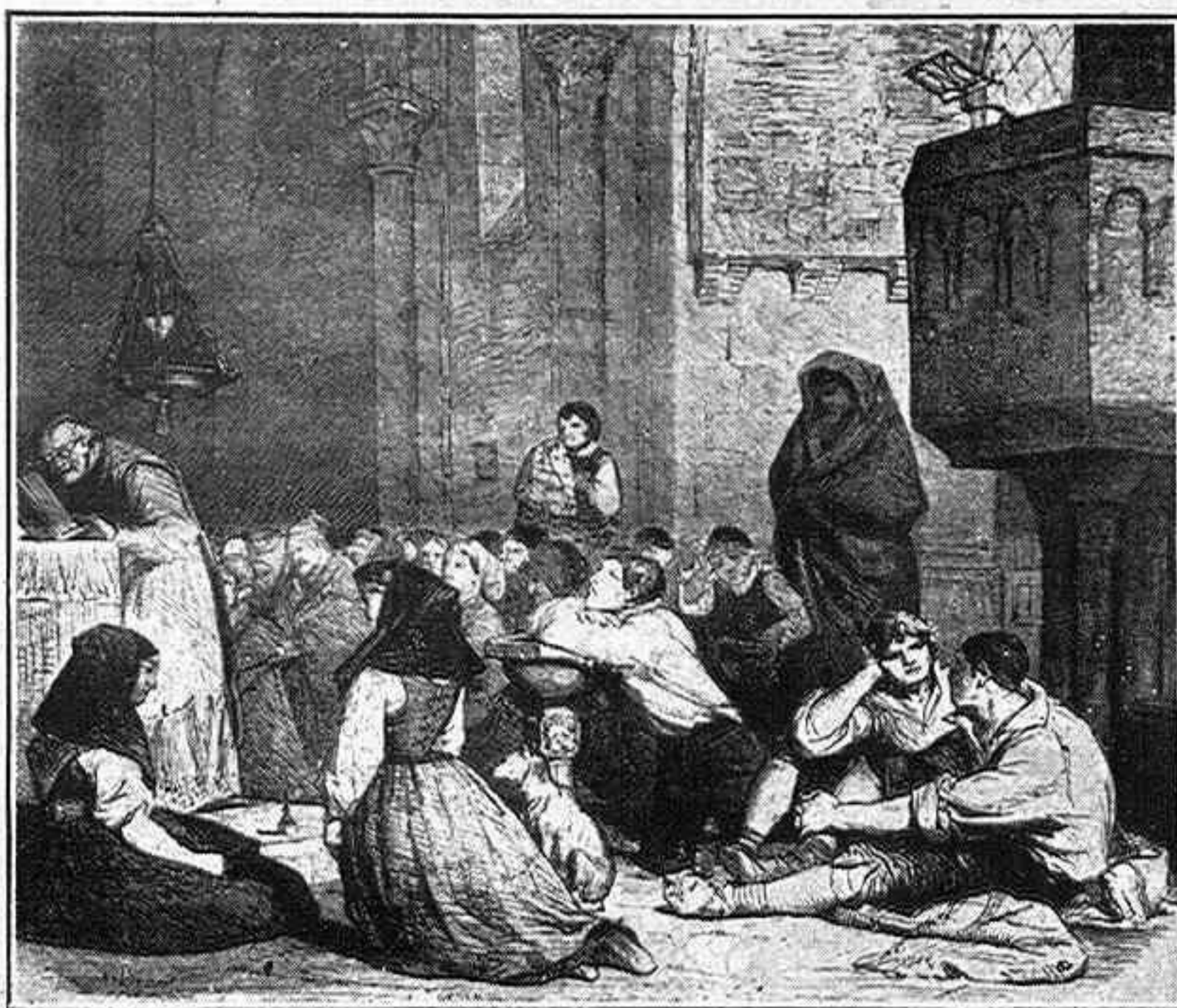
Refería también Gustavo Adolfo, en su desconocida epístola, que Valeriano recogía en sus cuadernos los panoramas, los paisajes, los aspectos todos que la vida le presentaba.

A esto se debía que entre sus apuntes se encontrasen curiosísimos dibujos.

Cuando presos los dos hermanos en la cárcel de Toledo purgaban en ella el horrendo delito de haber soñado y no poseer cédula personal, iban todas las cartas que desde allí remitían los cautivos á sus amigos, con numerosas ilustraciones debidas al nervioso lápiz de Valeriano, que expresaba en el papel, en jeroglífico original, los sentimientos que á la par del poeta experimentaba.

Y cuentan los que aquellas cartas vieron, que allí aparecía desde la repugnante rata al terrible carcelero, que los miraba como á peligrosos enemigos.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



"La misa de alba", dibujo de Valeriano Bécquer



"Las jugadoras", dibujo de Valeriano Bécquer

chos colores y muchos lienzos de todos tamaños para yo pintar y pintar sin preocuparme de nada.

Triunfante la Revolución, le suprimieron en Fomento la pensión que disfrutaba. El lo sintió mucho. Aquello le privaba de seguir el camino de sus instintos y no le permitía andar en el vagabundo pintoresco de su idiosincrasia, de pueblo en pueblo y de aldea en aldea...

ooo

A los treinta y cinco años, á la misma edad en que murió su padre, dejó de existir Valeriano Bécquer. Aunque corta, había sido su vida fecunda en obras.

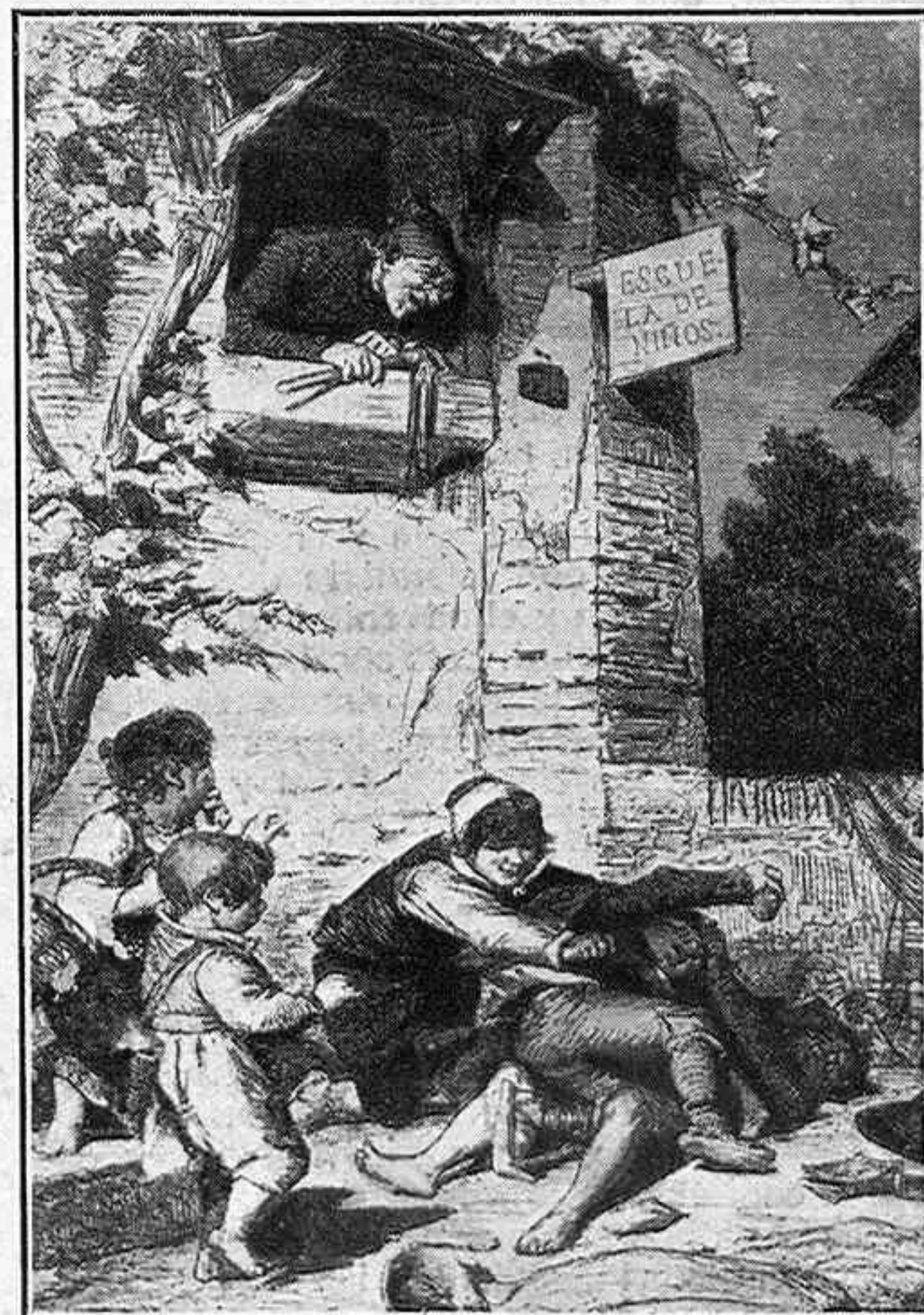
En la biografía íntima que Gustavo Adolfo hizo de su hermano, dice que éste había pintado ciento once cuadros, de los que se conservan en el Museo ocho, todos de costumbres.

La prensa gráfica española debe contarle entre sus fundadores más esclarecidos. Fué de los más asiduos colaboradores de *El Museo Universal*, glorioso periódico, del que no se puede prescindir al estudiar la vida espiritual de España en el siglo xix.

Allí dejó numerosos dibujos, que iban aderezados con curiosos comentarios de Gustavo Adolfo. La mayor parte de estos comentarios no han sido recogidos por los recopiladores de las obras del poeta. Y es lástima, porque muchos de ellos lo merecían...

ooo

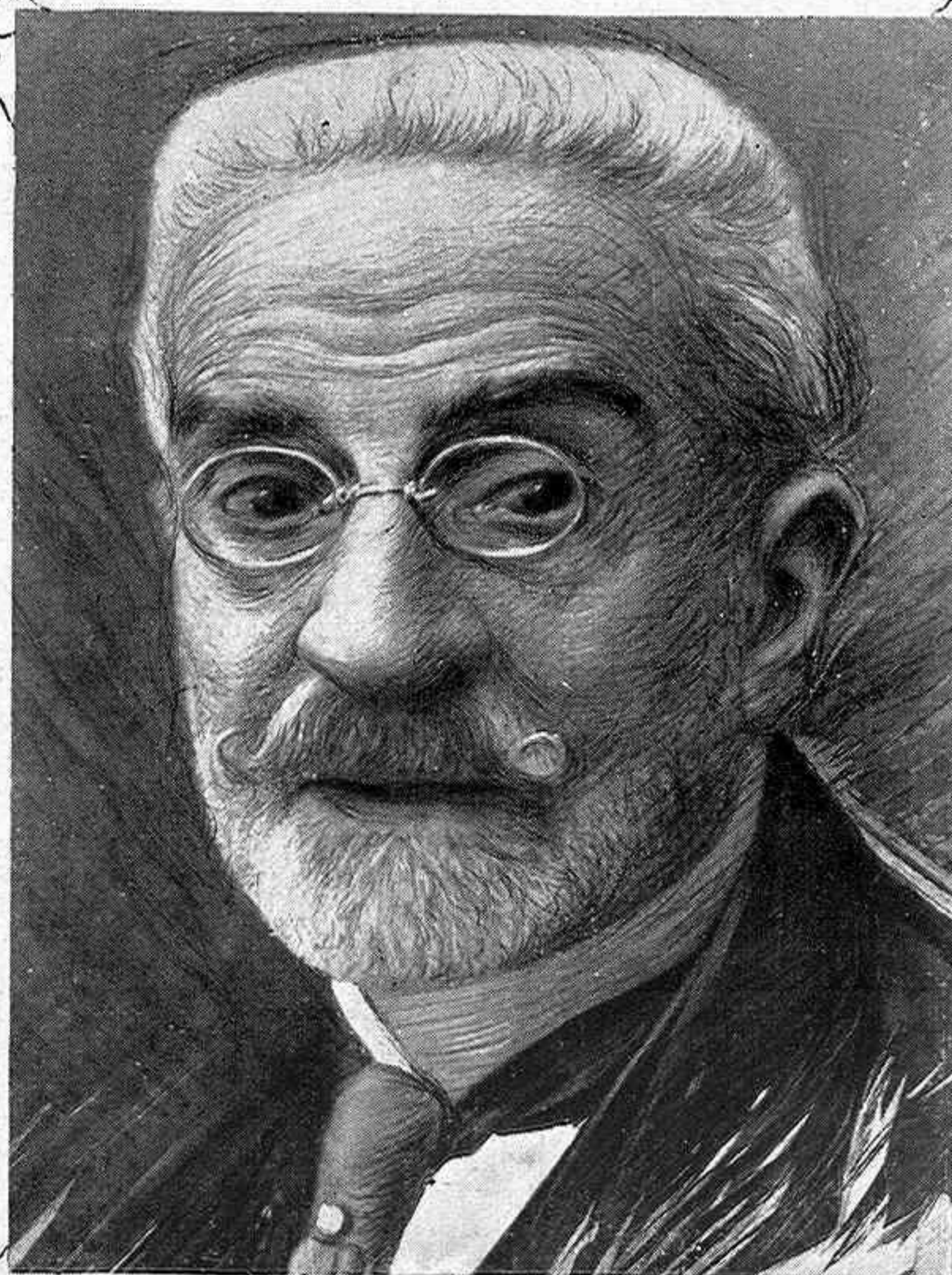
Con noble enternecimiento lloraba Gustavo Adolfo la muerte del hermano, con quien le unió



"La salida de la escuela", dibujo de Valeriano Bécquer



DÍAZ COBEÑA, POETA



D. LUIS DÍAZ COBEÑA
Ilustre juriconsulto, decano del Colegio de Abogados, que ha fallecido en Madrid el día 18 del actual

Aunque no lo sospechase su modestia, sincera y hosca, era D. Luis Díaz Cobena una gloria de la España actual. Cincuenta y siete años de ejercicio de la abogacía, habían puesto de relieve su inteligencia clarísima, su conocimiento del Derecho, su depurado gusto literario, su oratoria diáfana, pulcra é irónica y, sobre todo, su conciencia austera. Escrupuloso en aceptar los pleitos, minucioso para estudiarlos y defenderlos, desconocedor de toda arma de combate que no dimanase de la justicia y del estudio, humilde en la valoración de sus trabajos, D. Luis pudo ser un gran maestro, si él se hubiera propuesto enseñar... y si los demás hubieran querido aprender.

Mas con tener Díaz Cobena infinitos admiradores (debieran serlo todos cuantos fueran aptos para reverenciar el talento y rendirse á la decencia) poca gente sabrá que el insigne decano del Ilustre Colegio de Abogados, de Madrid, era un poeta. Lo reputará inverosímil quien recuerde su frialdad en el razonar, su ecuanimidad, sus tintes de escepticismo desdeñoso. Pues sí, señores. ¡Poeta!

Algo descubrió del misterio, en fecha reciente, otro veterano de las letras, D. Julio Nombela, en sus *Impresiones y recuerdos*. Al narrar el nacimiento y vida, en 1873, de la *Gaceta popular* y detallar el cuadro de redacción, alude á las crónicas de bellas artes, confiadas á «Viñas y Deza, seudónimo que acreditó como literato á quien después, como juriconsulto, ha convertido su verdadero nombre, D. Luis Díaz Cobena, en una gloria del Foro español».

En efecto, con el anagrama *Lucio Viñas y Deza* firmó sus trabajos literarios el eximio jurista que acaba de morir. De algunos de ellos puedo dar noticia. Ello me place, no sólo por lo poco conocido que es el caso, sino porque su recuerdo va unido á la memoria sagrada de mi padre.

Por orden cronológico corresponde la cita á un cuadro dramático, titulado *Camoens*, escrito en colaboración con D. Manuel Ossorio y Bernard, y estrenado en el teatro Eslava, el 4 de Noviembre de 1871. Son tema de la obra, los últimos momentos del cantor de *Os Lusíadas*, asistido de Fray Luis de Granada y viendo turbado el adiós á su patria con la noticia de la muerte del Rey D. Sebastián y el advenimiento á Portugal del monarca español. Está escrita en redondillas y romance octosílabo, la primera mitad, y en endecasílabos, la segunda. Fué representada por la Sra. Llorente, los Sres. Mariscal y Montenegro (á quienes recordarán los que hayan alcanzado el teatro de Variedades y los últimos tiempos de la famosa Compañía de Mario), Mesejo y Ruiz de Arana (fallecidos hace muy poco tiempo) y Lázaro.

Poco más tarde, en 1873, se reunieron en Madrid unos cuantos escritores, para sustituir, con narraciones históricas y tradicionales, las estúpidas coplas de ciego, que constituían por entonces el casi único pasto literario de las clases humildes. Aun hoy sigue suministrándosele, adicionado con otros ingredientes, igualmente nocivos. En esos romances—decía un periódico de la época—«la historia española se reduce á una

lucha de moros y cristianos, donde los últimos muestran la justicia de su causa ensartando en una lanza escuadrones de mahometanos de pastaflora; la biografía se limita á referir las hazañas de José María y Candelas, Jaime el Barbudo y Los siete niños de Ecija; la religión nos pinta Las lamentaciones de Poncio Pilatos, los milagros de San Antonio y de la Virgen de la Paloma, y el portentoso hecho del devoto que, para llegar más pronto al Rosario, se tira por la ventana, y, como consecuencia de su arranque,

se estrelló los sesos
y no se hizo mal.

En cuanto á las ficciones novelescas y amatorias de los romances, todas pueden reducirse á los trabajos de *Gerineldos* ó al *Caso verdadero de un teniente con una señora que se encontró en un baile*.

Los que quisieron reaccionar contra aquella perversion del gusto, publicaron el *Romancero español*, en disposición tipográfica muy semejante, aunque bastante mejorada, á la que usaban los editores de los engendros en boga, y le dieron luego unidad material en un tomo. Tengo entendido que se llamaban á sí mismos «Sociedad del gato» y tenían por escudo la cabeza de este animal, con una pluma en los dientes; pero ignoro la razón. Eran estos bien intencionados literatos Boccherini, Cabiedes, Castillo y Soriano, Clark, Larraza, Muzoz y Ruiz, Navarro González, Ossorio y Bernard, Vera y algún otro.

Lucio Viñas y Deza, que también figuraba entre ellos, aportó tres romances á la colección. *El Cardenal Cisneros*, en el que describe el momento en que el Fraile, Gobernador del Reino, se impone á la nobleza desmandada, con la exhibición de su ejército apercebido. Los aristócratas presentan como ley que autorice sus pretensiones políticas,

..... la de la conquista:
el derecho que ha nacido
de la sangre derramada
en combates infinitos.

Nuestra espada creó el reino
y si un señor consentimos,
la autoridad nos compete
cuando el trono está vacío.

Al exhibir sus tropas formadas, su brillante y fiera cohorte de guerreros, continúa el verso así:

Aquí tenéis mis poderes,
dice el Cardenal Ministro.
Creo que harán respetable
de la diadema el prestigio.
¡Que hasta la ley es inútil
sin apoyo positivo,
y ante argumentos de espada
quien razona está perdido!

Otra composición se titula *Francisco de Avellaneda*, y está derivada de un manuscrito auténtico del siglo xv. El escultor Avellaneda se convence de la infidelidad de su esposa, y hubiera dado los laureles, los aplausos y la gloria

á trueque de ver horrada
la mentira de los labios,
en cuyos rojos corales
sólo el color no era falso...

Mata á la adúltera con un puñal y cuando, arrojando el tiempo, lejana ya la memoria del trágico desengaño, que parece, si no perdonada, olvidada, contrae segundo matrimonio; entrega á su nueva mujer, como regalo nupcial, el arma con que mató á la primera, y la dice:

—Mira siempre en esa daga
una muda consejera,
un espejo á quien consultes
el rostro de tu conciencia:
y no dudes, mujer mía,
que mientras fies en ella
sabrás conservar incólume
tu primitiva pureza,
porque guiando tus pasos
á la virtud más severa
ha de impedir que á tu esposo
aun de pensamiento ofendas.

El tercer romance, con el título de *El Ave-Maria*, refiere la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, en la conquista de Granada.

La última huella poética que conozco de Díaz Cobena es una comedia para niños, titulada *La primera hazaña*, glosa del pasaje del Romancero del Cid, alusivo al desafío de Rodrigo de Vivar con el conde Lozano.

Lleva este trabajo la fecha de 1881. Siete años más tarde llegaba Díaz Cobena al apogeo de su fama profesional, cuando en el proceso por el crimen de la calle de Fuencarral, arremetía briosamente á los periódicos de más peso, empeñados en una campaña absurda, y desafiaba á una opinión ciega, y desdeñaba la impopularidad que le acosaba, y ponía su elocuencia y su desenfado al nivel de su rectitud impassible, comprendiendo que nunca es más grande un letrado que cuando, posesionado de la justicia, la patrocina, frente á la malicia generalizada. Allí fué donde—en momentos en que todo el mundo se espantaba ante la simple idea de discurrir frente al capricho obcecado de los periódicos, mantenedores de la acción popular—, dijo:

—«Ya no hay poderes, ya no hay autoridades ni justicia; sólo se levanta una cosa (no la prensa), el periodista soberbio y orgulloso, fulminando rayos sobre todos.»

Para mi gusto, esa es la mejor poesía de Díaz Cobena.

ANGEL OSSORIO

21 Agosto 1915.



“Pícaros y mendigos”, cuadro de Ramón de Zubiaurre

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

LOS HERMANOS ZUBIAURRE

EMILIO Zola, que, además de ser el primero de los novelistas del siglo XIX, fué un excelentísimo crítico de arte, decía, el 4 de Mayo de 1866, en un artículo titulado *El momento artístico*:

«Lo que yo pido al artista no son tiernas visiones ó espantosas pesadillas, sino la entrega plena de su corazón, de su carne; es la afirmación rotunda de un espíritu poderoso y particular, un temperamento que abarque ampliamente la naturaleza en su mano y la coloque ante nosotros tal como la ve.

«No se trata de agradar ó desagradar, se trata de ser él mismo, de mostrar su corazón al desnudo y formular enérgicamente una individualidad.»

He aquí unas palabras que debían figurar al frente de la obra admirable, personalísima, afianzada en sólidos cimientos de sinceridad, que realizan los hermanos Zubiaurre.

Nunca se preocuparon de los triunfos, fáciles ni practicaron las acomodaticias concesiones á la mediocridad ambiente. Hace unos cuantos años se les escarnecía, pretendía anulárseles con chanzonetas más ó menos—más bien menos—ingeniosas; se colgaban sus cuadros en alturas y sitios inverosímiles, y el vulgo, indocumentado artísticamente, esclavo de la rutina y capaz solamente de comprender las técnicas aconfitadas y relamidas, se indignaba frente á sus cuadros originales é independientes, á los cuales se asoma, como á una ventana, nuestra raza.

Claro es, que semejante inconsciencia estética, por parte del público—cretinizado por la dolorosa decadencia artística de fines del siglo XIX—y semejantes conscientes hostilidades por parte de los profesionales, las hallaban los hermanos Zubiaurre, solamente en España.

Fuera de España, Valentín y Ramón de Zubiaurre triunfaban de un modo afirmativo, en medio de lógicos entusiasmos.

En todas las Exposiciones internacionales obtenían medallas de oro; en los museos de París, Roma, Londres, Buenos Aires, Nueva York y Chicago é infinitas pinacotecas particulares extranjeras, se conservan cuadros suyos; los críticos más ilustres y autorizados, les han consagrado sendos estudios. Y mucho antes de que la revista española *Museum* dedicara un número especial á este arte—tan pletrónico de valores positivos—de los hermanos Zubiaurre, ya se lo habían dedicado revistas como las alemanas *Die Kunst Fur Alle*, *Deutsche Kunst, Und Dekoration*; las francesas *L'Art decoratif*, *L'Art et les artistes* y *Gazete des Beaux Arts*; la inglesa *The Studio* y la italiana *Emporium*.

Aun, ahora mismo, cuando todavía se discute la segunda medalla concedida á *Los remeros vencedores de Ondárroa*, acaban de obtener los Zubiaurre otra medalla de oro en la Exposición internacional de San Francisco de California, donde, para vergüenza de nuestro Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes,



Estudio de Valentín y Ramón de Zubiaurre, en Madrid



no se ha querido conceder protección oficial á los artistas que á ella concurren.

Es el caso de Zuloaga, el caso de Anglada, el caso de otros tantos artistas admirables, que se repite. Pero los hermanos Zubiaurre, obstinados en su generoso amor á España, perdonaban las injurias, desdeñaban los desdenes, sonreían ante la manifiesta mala fe de sus compañeros y seguían exponiendo en España, cuando tan lógico hubiera sido que prescindieran de ella. Repasad los catálogos de todas las Exposiciones nacionales y las del Círculo de Bellas Artes, desde el año 1901, y siempre encontraréis el apellido de estos jóvenes maestros. Incluso, hace dos años, en los salones de *La Tribuna* celebraron una exposición de veinticinco obras, que reveló hasta qué punto habían alcanzado la perfección de su técnica y las más altas cumbres de claridad y de pureza para exponer allí su exquisita sensibilidad con un noble ademán de mujer bella, ofreciéndose plenamente desnuda.

ooo

Valentín y Ramón de Zubiaurre, son de origen vasco. Corre por sus venas la sangre que hizo altiva y soñadora, á un tiempo, omismo á la raza vasca. No importa que Valentín haya nacido en Madrid, y tampoco hubiese importado que Ramón, lejos de nacer en Garay, hubiese visto la luz en tierras de Andalucía. Manda en nosotros el imperio de nuestros muertos y en ese extraño y silencioso mandato hay que buscar las futuras elecciones de ambiente, de inspiración, de ideales moldes para las formas de nuestro espíritu.

Los pintores Zubiaurre son hijos de un gran artista, el ilustre compositor D. Valentín, director de la Real capilla de Música. Acaso esta tristeza, esa dolorosa melancolía que tienen los lienzos de los Zubiaurre, nazca de esa tragedia profunda, lacerante, capaz de herir hasta las más recónditas reservas emocionales, de dos hijos artistas, que no pueden sentir en sí mismos el arte admirable de su padre; los hermanos Zubiaurre son sordo-mudos. Ahora comprenderéis también el por qué de la intensidad cautivadora que tienen los ojos de sus personajes. Fijáos en cómo se complacen los jóvenes maestros al pintar los ojos para darles brillos, inquietudes, agresividades y dulzuras, que parecen nuevos. Podremos olvidar la composición, incluso el colorido — aun dentro de la personalidad inconfundible de sus azules, amarillos y verdes —; lo que no podremos olvidar son los ojos. Son ojos que escuchan y que hablan...

Muy niños, empezaron á pintar los hermanos Zubiaurre. Primero en la Escuela superior de Pintura, luego en el estudio de Alejandro Ferrant, aprendieron los rudimentos de su arte. Nada más que los rudimentos. Examinados los lienzos de esta época, no encontramos nada que hiciera presentir los cuadros que luego habían de pintar, imponiendo una orientación moderna y arcaica,

realista é idealista, de externas armonías decorativas é internos arrobamientos espirituales.

Fué durante y, sobre todo, después de sus viajes por Europa, de la asimilación consciente, beneficiosa de las modernas normas de belleza y de las inmutables enseñanzas de los viejos maestros. En su alma, como en un misterioso alambique, caían las arbitrariedades, las rebeldías estéticas, las audacias de hoy, que serán academicismos mañana, junto á las emociones místicas de los primitivos italianos, la riqueza colorista de los venecianos, y al sentido íntimo, plácido, recogido de la escuela flamenca.

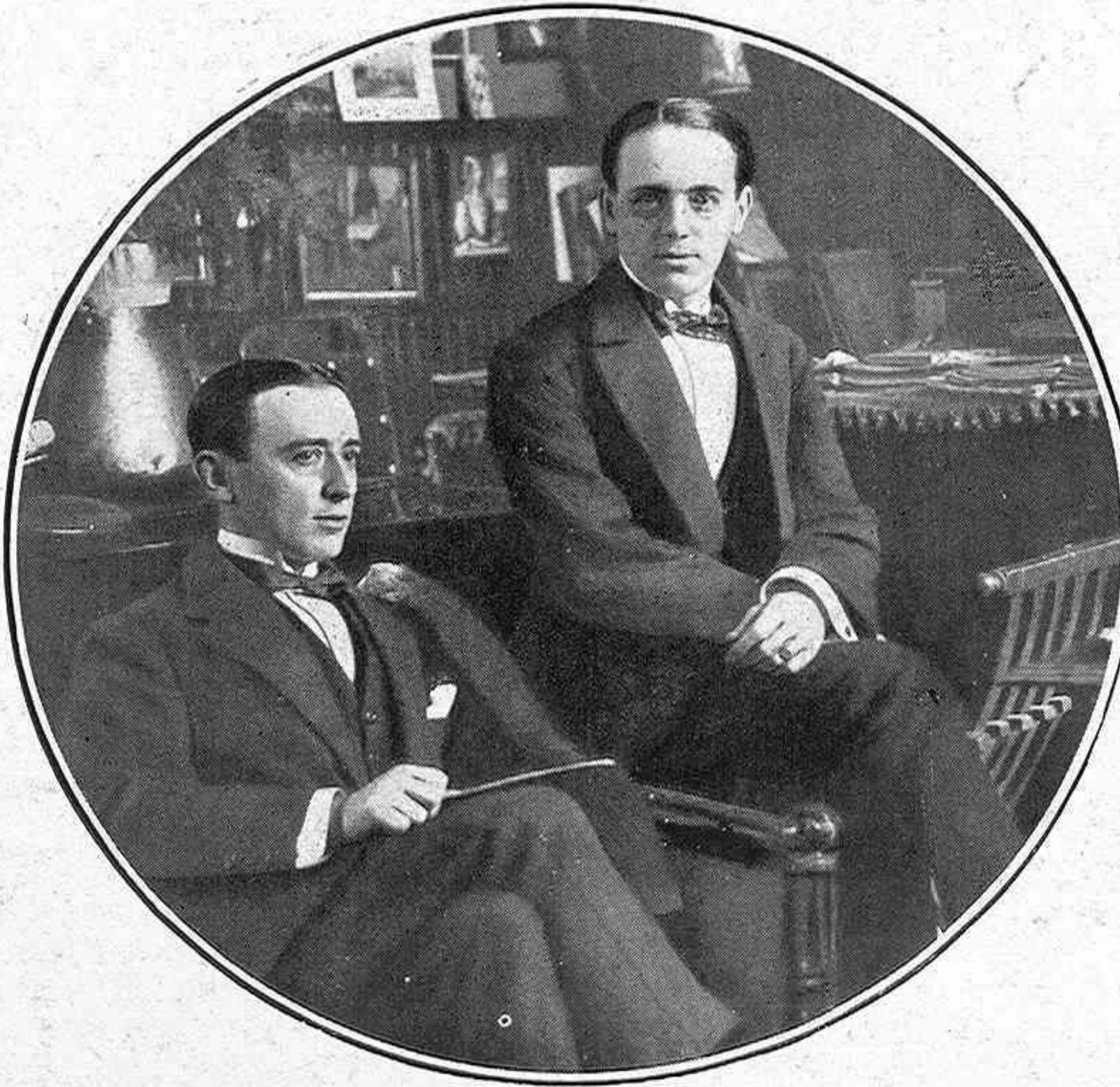
De todo ello encontraremos huellas claramente definidas en los cuadros de Valentín y de Ramón de Zubiaurre. Pero no como copias, calcos ó caricaturescos remedos, sino como una fecunda identificación de sus temperamentos con los descubiertos por ellos en las obras maestras de los museos de todo el mundo.

A esta cultura pictórica unen los Zubiaurre la otra vastísima y no menos necesaria al artista moderno, de la literatura. Así tiene su arte, además de la perfección técnica, vigoroso poder evocativo y sugeridor que antes — al menos en la pintura española de fines del siglo XIX — no existía y se creía puramente literario.

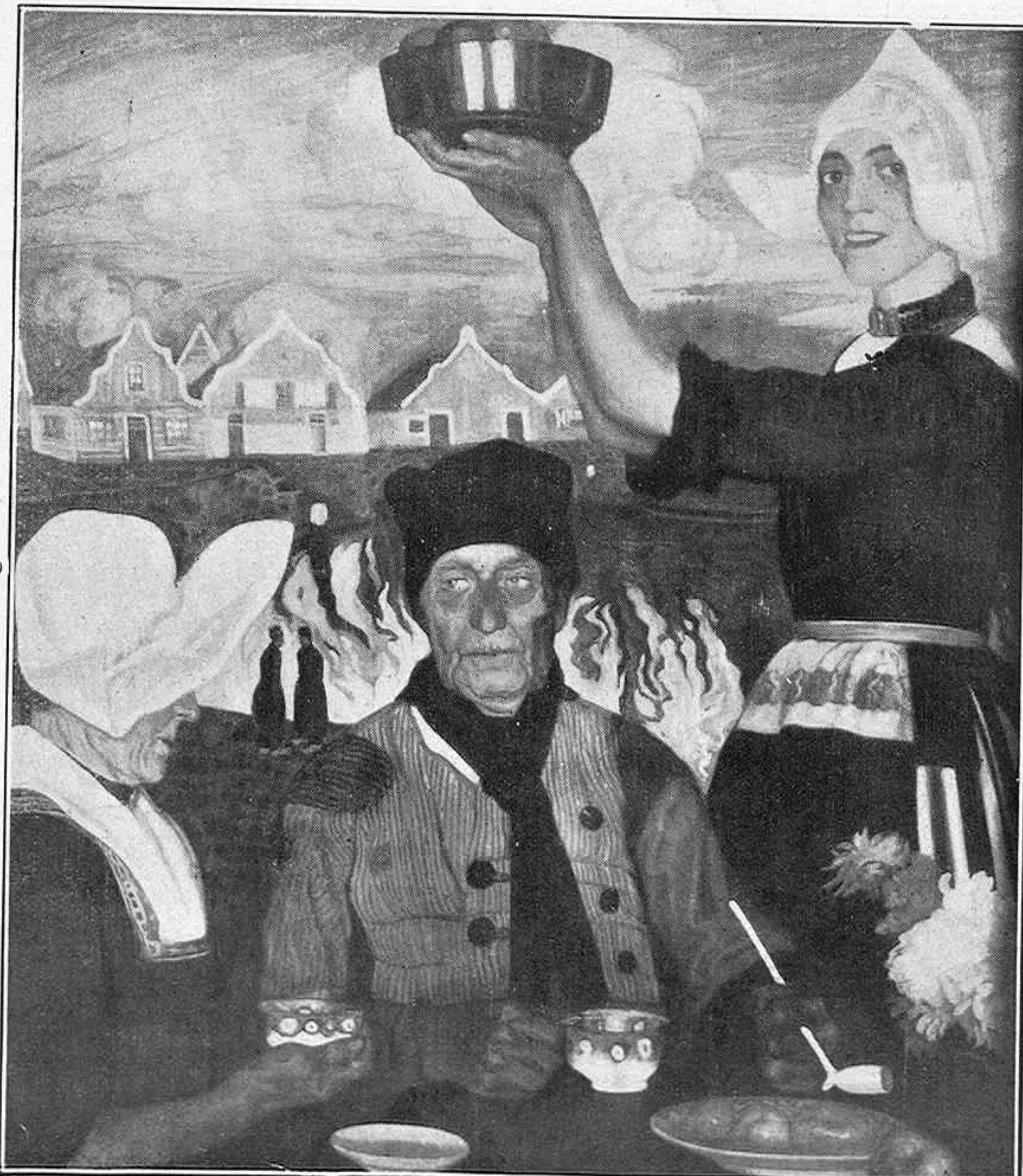
Poco á poco los hermanos Zubiaurre, van pintando el alma de España á través de sus regiones. Tienen paisajes y tipos de Castilla, interpretados de un modo insuperable. Las viejas provincias de Avila, Segovia, Salamanca y Zamora, han quedado plasmadas con una inquietante elocuencia en estos cuadros que no se detienen en la línea ni el color, sino que ahondan, buscan en el alma de los seres y de las cosas.

Una mirada superficial, un espíritu demasiado frívolo ó envenenado de vulgaridad podrá creer que son exactamente iguales el temperamento y la técnica de ambos hermanos. Nada más lejos de la realidad. Valentín, el hermano mayor, es un espíritu reflexivo y melancólico. Ama las notas un poco apagadas, los sentimientos dulces, el misticismo ingenuo y primitivo de la Vasconia. Rara vez sonrío su arte, y rara vez recordaréis de él una armonía cálida, agresiva. La tristeza, el ensueño, la nostalgia, son como los elementos de la sutilísima aristocracia cordial, cerebral y visual de Valentín de Zubiaurre.

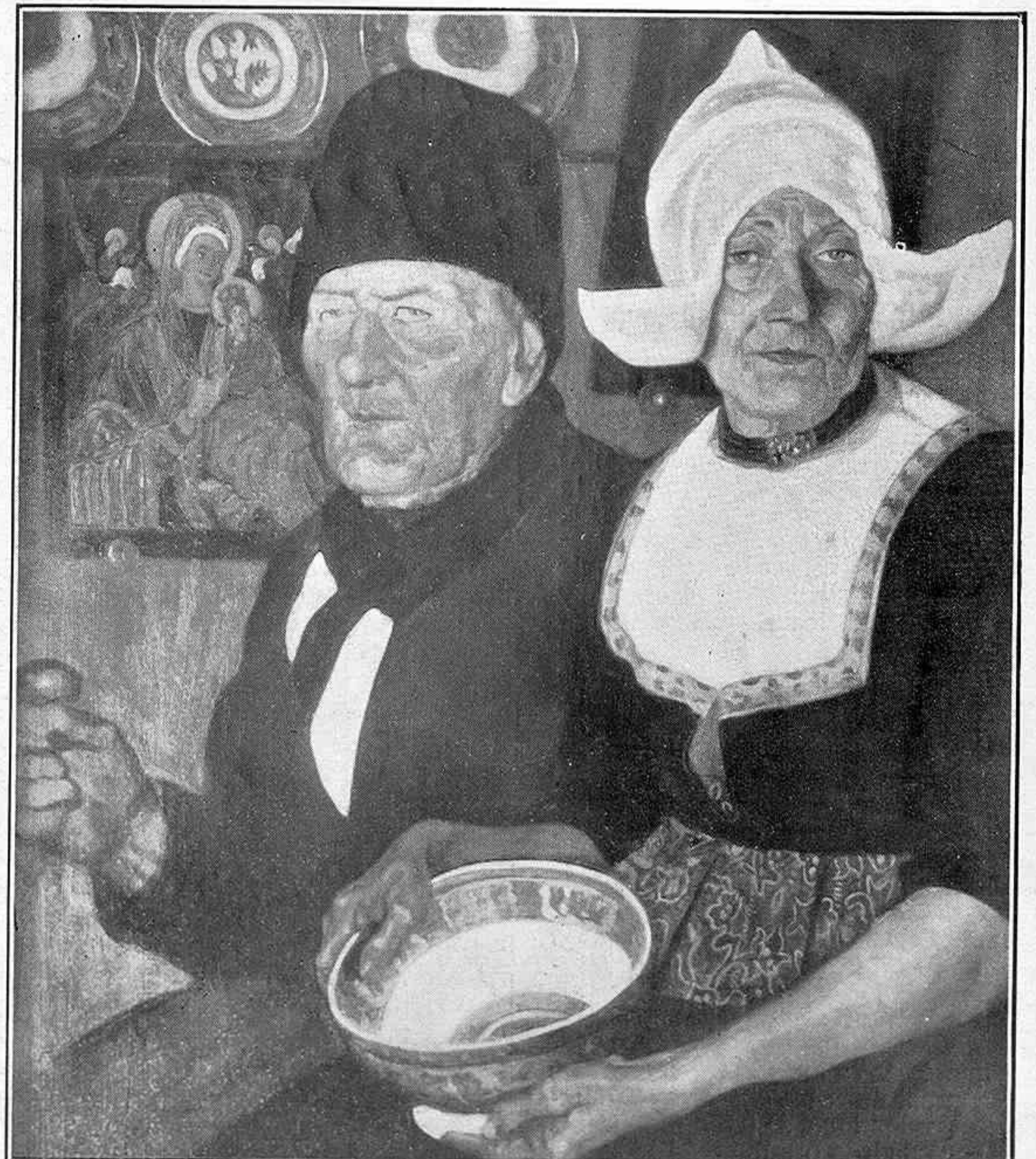
Ramón es menos reconcentrado, menos poseído de las torturas sentimentales. Al contrario. Es jocundo, optimista, un poco burlón. Ama los acordes luminosos, las notas vibrantes, lo que pudiéramos llamar certeras lanzadas del color. Donde Valentín se detiene y medita, Ramón da una cabriola. Mientras Valentín busca los senderos interiores, Ramón sólo quiere ver las exuberancias del colorido. Por eso los cuadros de Valentín destilan una conmovedora amargura, mientras los de Ramón deleitan la mirada por su alegría de valores



Los ilustres pintores Valentín y Ramón de Zubiaurre



"El café holandés", cuadro de Ramón de Zubiaurre



"Matrimonio holandés", cuadro de Ramón de Zubiaurre



“La procesión en Vizcaya”, cuadro de Valentín de Zubiaurre

vibrantes, armonizados con sabias disposiciones decorativas. Como arquetipos de esas dos tendencias de los dos hermanos, bastará recordar *Los remeros vencedores* y *Por las víctimas del mar*. Ambos cuadros están pintados en Ondárroa. Pero Ramón eligió un momento alegre, triunfal, la exaltación optimista de la fuerza y del color, en un himno entusiasta al mar. Valentín eligió un momento trágico, de vencimiento, la muda desesperación de los débiles, en una elegía tristísima del mar. Ramón no retrocedió, incluso ante la caricatura. Valentín pintó de un modo que se le adivinaban las lágrimas, los sollozos, la crispación de las manos sobre los pinceles, el pensar en la impotencia humana frente a la furia del mismo mar, donde triunfaron los mocetones hercúleos, un poco grotescos, de Ramón.

Este necesario y admirable dualismo forma las dos sólidas columnas, que luego sostienen el arco de la común tendencia artística, y por debajo de este arco, que ya han cubierto muchas veces los laureles extranjeros y muy pocas veces los laureles españoles, empieza a pasar la juventud, que sabe desdeñar la ignorancia de los profanos y la mala fe de los profesionales.

Porque los hermanos Zubiaurre empiezan a saborear esa manifestación del verdadero triunfo y de la personalidad afirmativa, que consiste en lograr discípulos o imitadores.

En la última Exposición nacional se ha podido hallar claramente esta influencia, incluso en artistas cuyos comienzos parecían alejarles de ese peñón. El zubiaurrerismo de estos artistas vascos era tan indudable, que aun el público, indocumentado y profano, lo notaba.

No son, sin embargo, fáciles de imitar o de plagiar los hermanos Zubiaurre, a pesar de la aparente semejanza técnica que pueda conseguirse estudiando su cromatismo favorito e inconfundible. Hay algo incopiable,

algo inconquistable, que no puede interpretarse sin la identificación sentimental de los hermanos Zubiaurre con su raza.

¡Tierra de Vasconia, bravía y romántica, mística y guerrera, de las canciones arcaicas y de los ingenuos regocijos!

Los hombres rudos, que lanzan la barra evocando siluetas de los lejanos jugadores olímpicos, que cantan en el fondo lóbrego de las sidrerías y saltan

elásticos frente a los muros grises de los frontones; los hombres del mar indómito y amenazador, que envejecen bajo la sombra remendada de las velas latinas de sus barcos y sienten la nostalgia de las mujeres de pelo de lino y ojos negros, tocando en el acordeón zortzicos extraños; los *bersolaris* en quienes se encarnó el espíritu de los homéridas, de los aedas pretéritos.

Y la misma viril pujanza ó trágica amargura, que pone Valentín en sus personajes masculinos y que Ramón envuelve en sano humorismo, se hace delicadeza y tersura, y suavidad de flor al interpretar figuras de muchachas encantadoras y gentiles.

Figuras hay de éstas, que evocan, en la dulzura con que están resueltas, un recuerdo de los primitivos italianos en toda la ideal belleza, aquietadora y santa de otra época.

Pero no sólo se limita la obra de los hermanos Zubiaurre a glosar las costumbres y reproducir los tipos de la vieja Vizcaya. Quieren ser los comentaristas de toda el alma española y a cada región dan su aspecto exacto y les arrancan los diferentes motivos emocionales que existen latentes en tipos, paisajes y costumbres.

Tal es, con la concisión impuesta por la falta de espacio, la obra de dos de los numerosos artistas notabilísimos que actualmente representan el renacimiento estético de España.



“Viejas leyes y nueva flor”, cuadro de Valentín de Zubiaurre

SILVIO LAGO



ARTE CONTEMPORÁNEO



Señorita Doña María de Castejón, hija de los excelentísimos señores marqueses del Vadillo
Retrato por Valentín de Zubiaurre

PAISAJES DE LA COSTA ASTURIANA



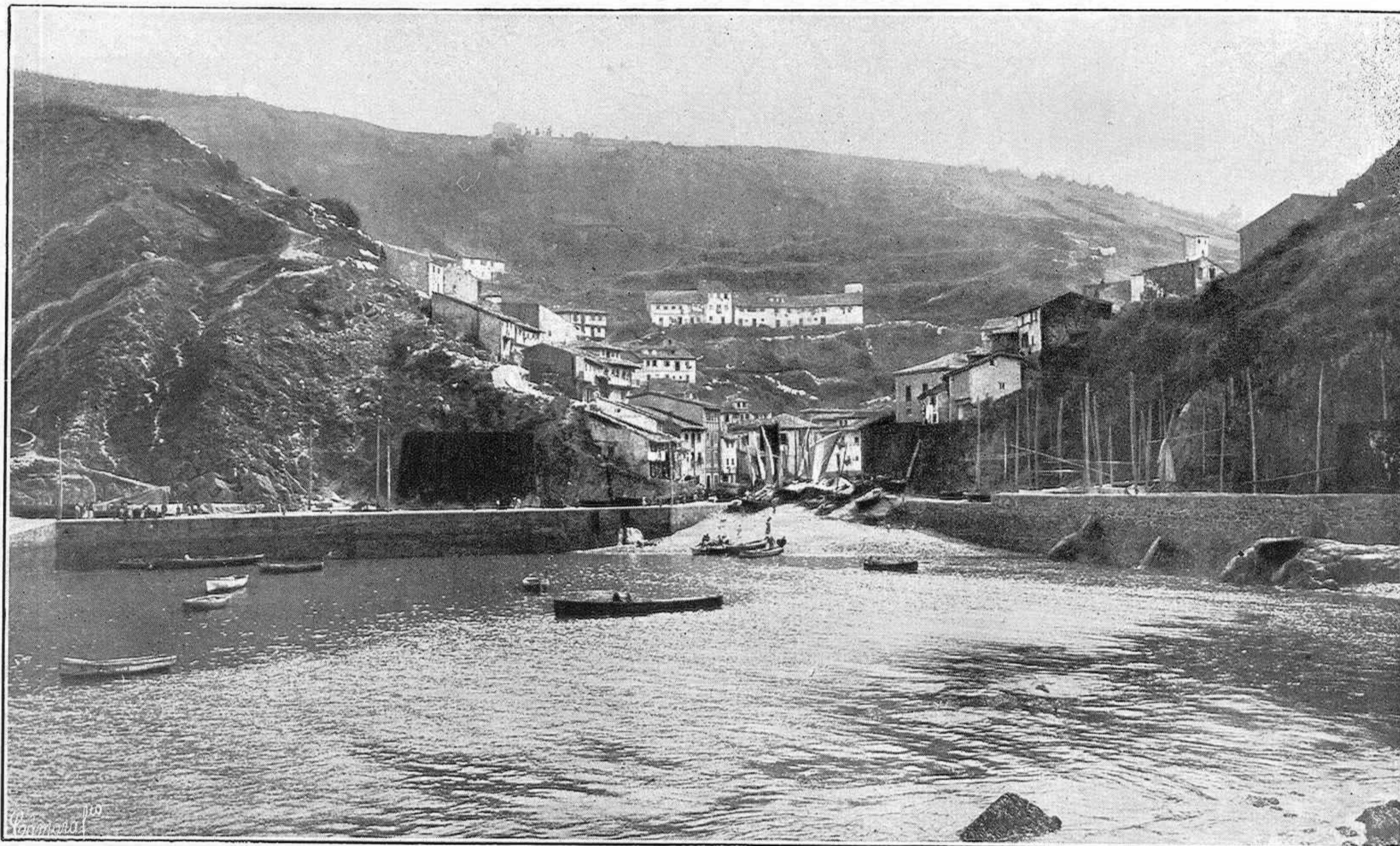
BIEN E O B E
BIBLIOTECA
* MADRID *

CALLE DE RIOFRÍO, EN LA TÍPICA ALDEA DE PESCADORES DE CUDILLERO

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

POR LA ESPAÑA
 PINTORESCA

CUDILLERO



El puerto de Cudillero

CUDILLERO es un pueblecito de pescadores del partido judicial de Pravia, pintoresco y alegre, de feraz paisaje, como la mayoría de las aldeas asturianas, y en especial de aquellas que reflejan su caserío

en las movibles ondas del Cantábrico.

Forman su Ayuntamiento las parroquias de San Andrés de Faedo, San Martín de Luiña, Santa María de Soto, Santiago de Novellana, San Juan de Piñera, Santa María de Vallota y la ayuda de parroquia de San Pedro de Cudillero, y comprende todo el litoral entre el riachuelo denominado de la Habana y Concha de Aguilar, y el de Arierbo, que nace en la sierra de Palancas y desemboca en la concha de su nombre.

El minúsculo puerto, que sirve de refugio á las embarcaciones, no es más que una quebrada que forman los escarpados de la costa. Su entrada es muy estrecha y de poca profundidad, como una olla formada por arrecifes y cercada de escarpados peñascos, en torno de los cuales está la población, cuyo caserío, que ofrece los caracte-

res típicos de las humildes viviendas asturianas, sube por el monte cercano, ofreciendo una agradable perspectiva.

Aprovechando, lo mejor posible, las condiciones del pequeño puerto,

construyóse un muelle, con entrada angosta, que si puede servir á las necesidades del trabajo marítimo de los pescadores, no constituye abrigo suficiente á las embarcaciones cuando hay mar gruesa, siendo necesario varar las lanchas lo más arriba posible, hasta el pié de las casas de la villa, cuando el mal tiempo hace amenazadores los vaivenes del mar.

Casi todos los habitantes de la aldea, que no pasarán de tres mil, están dedicados á la pesca y son los menos los que viven de la labranza y del trabajo en los establecimientos industriales de la villa, que son escasos y no de muy grande importancia. Algunos de los moradores de Cudillero buscan ocupación en las inmediatas minas de San Martín de Luiña, pero, como decimos antes, la población está consagrada, en su mayor par-



Mujeres de Cudillero transportando el pescado

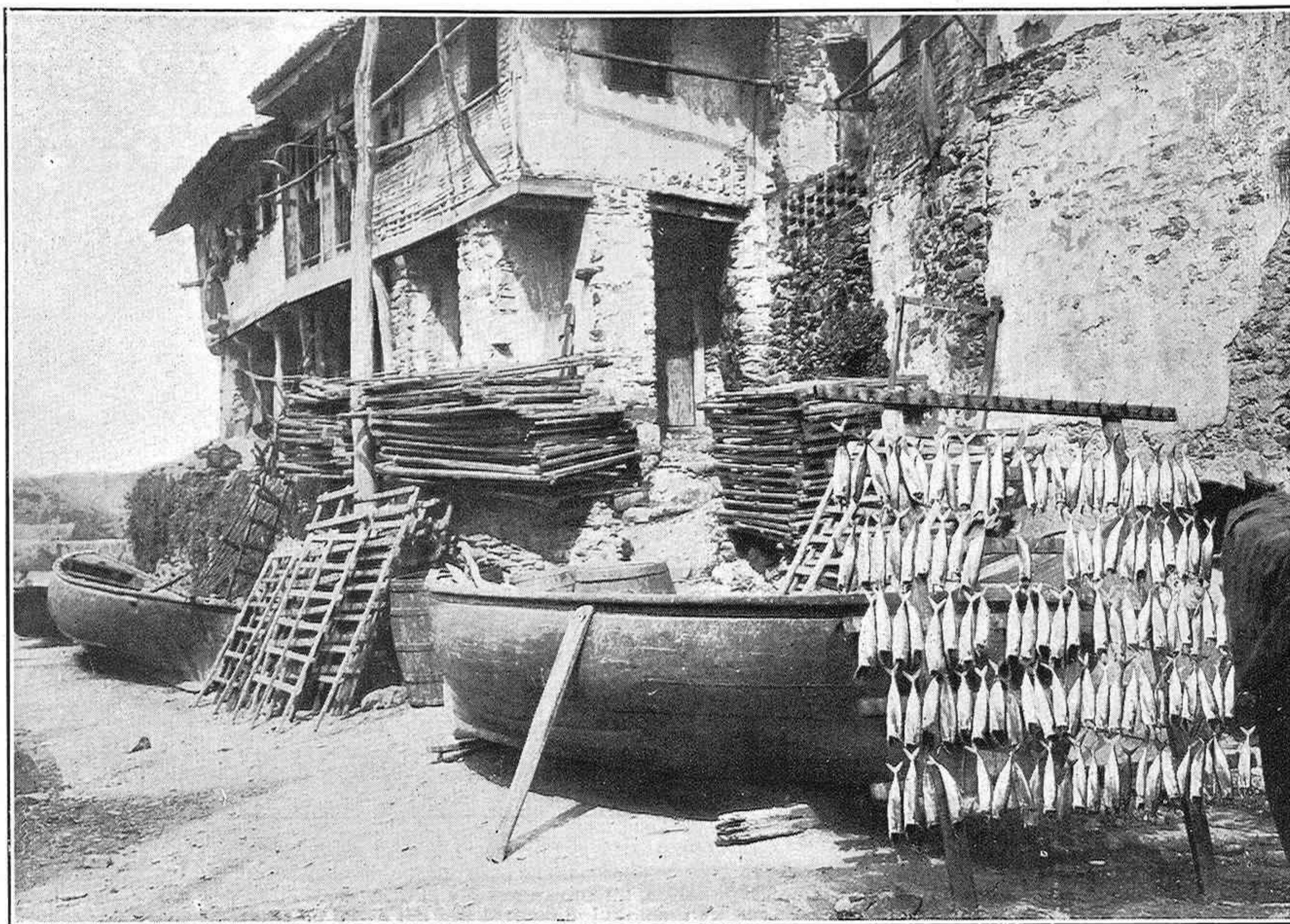
te, á las faenas del mar, que son las que rinden mayor producto, aunque también ofrecen mayor peligro.

Siendo necesario salir á diez ó doce leguas del puerto para encontrar pesca abundante, los marineros hacen uso de lanchas fuertes y poderosas, capaces de resistir los más rudos embates de las olas, que si ordinariamente muéstranse embravecidas en las costas cantábricas, suelen encrespase en, términos que hace peligrosa la faena de aquellos bravos pescadores, por los contornos asturianos.

En la punta oriental del puerto, llamada Rovallera, levántase un faro de luz fija, que sirve á los pescadores de orientación desde diez millas de distancia, pero que no puede valer á los navegantes, que tripulan vapores ó veleros de más calado, como otra cosa que como señal de la ruta que deben seguir, pues fuera para ellos mayor el peligro si, guiados por su luz, enfilaran la boca del puerto, para buscar refugio á las inclemencias del mar, que arrostrar estas lejos de la costa sembrada de peñascos.

La sierra de Gamonedo y las últimas estribaciones de la de Villafraja, recortando sus picos del celaje, sirven de bello fondo al panorama que ofrece la villa desde el mar, panorama de rústica y sencilla belleza, de vieja villa de pescadores, cuyas viviendas parecen carcomidas y tostadas por la brisa cantábrica, que broncea del mismo modo las carnes de los aldeanos, y, con la propia intensidad, los semblantes hombrunos que los de las mujeres y las criaturas.

Es de un aspecto y de un sabor marino in-



Forma de secar el pescado que emplean los marineros de Cudillero

confundible cuanto en la villa se ofrece á la consideración de quien la visita, y raro es encontrar en ella un rincón apartado donde los atributos de la pesca no delaten su condición de pueblo consagrado totalmente á la vida del mar.

Uno de esos espíritus reflexivos, dados á observar la psicología de los hombres y de las cosas, con preferencia al aspecto artístico que puedan ofrecer, descubriría en las gentes de

Cudillero, en los rostros curtidos por la brisa del mar, en los cuerpos fuertes, pero encorvados por la faena, en la expresión fatigada de los semblantes de hombres y mujeres y en las varoniles facciones de los niños, los caracteres que imprime en el humano ser una labor penosa, que entenebrece el constante peligro en que viven las humildes familias de aquellos bravos pescadores y hasta en el paisaje húmedo y sombrío,

en que los más impresionables solo descubren el tono indefinible de una melancólica poesía, acaso vieran esa misteriosa inexplicable relación que, sin duda, existe entre el alma de los hombres y el alma de las cosas.

No es Cudillero, como otros pueblos marítimos de la costa cantábrica, tierra de héroes, cuyas hazañas pasarán á la posteridad en las páginas de la Historia. Apenas se recuerda la intervención de aquellos hombres tan curtidos por la brisa del mar, tan duchos en las rudas faenas de la pesca, tan bravos y serenos para arrostrar las furiosas acometidas de las olas, en los hechos que perpetua la tradición.

Su heroísmo es anónimo, sin estímulo, sin premio y sin gloria. El heroísmo del humilde, que no cantan los romances épicos, ni consignan los libros y que únicamente encuentran algún eco en la imaginación de los poetas, de los que en la obstinada lucha del hombre por la vida, bucean en el alma de los que sólo en vivir emplean sus energías y su valor, y al desaparecer de este mundo no dejan recuerdo.



Un aspecto de la villa de Cudillero, vista desde el puerto

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ

JUAN BALAGUER



CUENTOS ESPAÑOLES

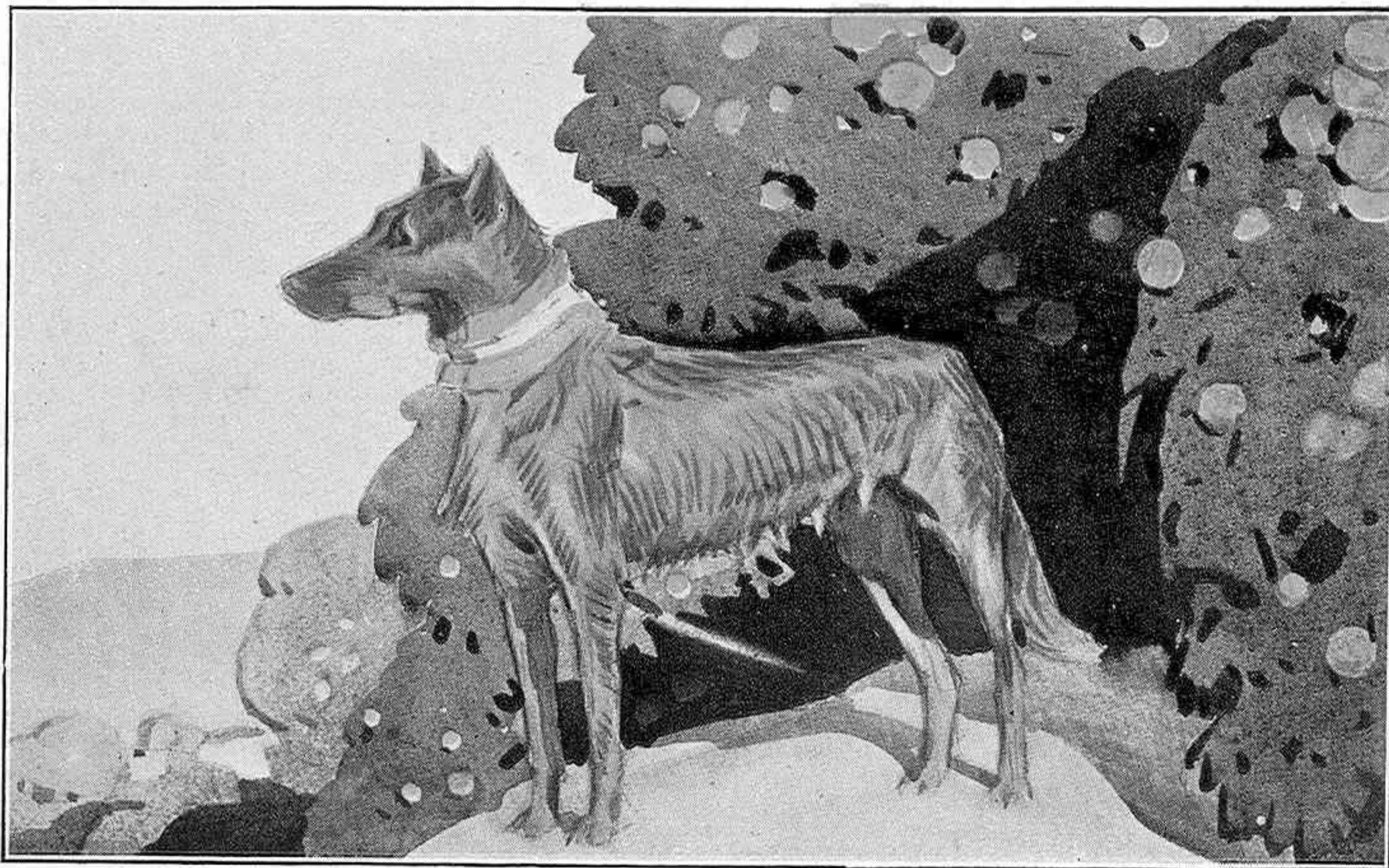
"SINTIYA", ATADA AL NARANJO

PRÍNCIPES, héroes, genios, perdonad si esta página os excluye para hablar de «Sintiya». Ahora volveremos con vosotros. «Sintiya» es una pobre perrita rubia, que pasa su vida atada a un naranjo, al pie de la sierra, y que no tiene todavía historiador. Si alguna vez llegara un fotógrafo delante de ella ó si en la soledad de la noche estallara en honor suyo un fogonazo de magnesio, oíríais los ladridos de «Sintiya», furiosa, durante muchas horas, como cuando ladra á la luna.—En el campo las emociones son duraderas. Su propia resonancia las alimenta. No es como en las ciudades, donde lágrimas y ladridos descargan el alma en un minuto.—Pero, ¿quién se

va á fijar en «Sintiya», que si no tiene historiador es porque tampoco tiene historia? Su deber consiste en vigilar los naranjos, lo mismo que otros muchos perros. El año pasado, sin moverse del árbol, «Sintiya» dió al huerto cuatro cachorros, rubios como ella, y entonces anduvo suelta algunos meses. Los pusieron en un capacho y el amo dijo que durmieran todos bajo techado. En esa época, «Sintiya» se enteró de qué cosa es la olla. Luego volvió al naranjo, cuando cada cachorro tenía ya su destino, y allí está.

Lo que nadie podrá imaginar, sin haberlo visto, es el paraje en que vive. Al llegar Abril yo he andado aquel sendero. Viene de los olivos, atraviesa una punta de avena, donde se pierde, y va á parar hasta el malacate viejo, que ya está desmontado. Pleno sol, luz abierta que lleva al último tamo de hierba la vibración azul del cielo...; en el aire, todos los aromas saludables de la montaña; en la tierra, el más frenético poder germinal... Como la carretera está muy lejos, apenas alcanza hasta allí el eco de una voz ó el bocinazo de un automóvil. Triunfa el zumbido de los insectos. En la blandura tibia de la tierra se adivina su complacencia con las más humildes y las más inquietantes larvas. Pero al entrar en los naranjos, el sendero te recoge, lector, en una doble hilera de árboles familiares, civilizados, hospitalarios. Los terrones están limpios de maleza. Un regatillo baja bordeando el seto de boj y de rosales. Halagado por la frescura del agua, clara y corriente, y por la benéfica sombra, descubres tu cabeza, te detienes y piensas que en aquel rincón se está muy bien.

Pocos pasos más y al doblar el recodo, el sendero se abre formando una plazuela triangular, y frente á frente, enfilado hacia tí, como la proa de una galera, viene el naranjo maravilloso. Es de oro. Todo de oro. Un oro suavemente encendido, que no desalía el ataque del sol, sino que se permite brillar también con cierto júbilo ingenuo, infantil y filial. Arriba, la curva pomposa y armónica del árbol generoso te ofrece, como en un cáliz, el tesoro de las Hespérides. Puedes creer que Hércules va á renovar, para tí solo, sus hazañas, y si te sientes ambicioso y audaz, puedes creer que Hércules eres



tú. Abajo está «Sintiya», la perrita rubia. Dormita con la fina cabeza inclinada, el hocico sobre las manos, un ojo cerrado y el otro medio dormido, medio vigilante. Si cae del árbol un fruto ya maduro, «Sintiya» no se mueve. El ojo lacrimoso mira de través, humildemente. Como el sol da la vuelta al naranjo en el curso del día, ella sigue, con mucha calma, la zona de sombra. Abejas y moscardones, avispa y abejorros, van trazando en el aire círculos cabalísticos. Ellos, igual que el sol, giran alrededor del eje y centro del universo: es decir, en torno del naranjo. ¡Ah! ¡«Sintiya», «Sintiya»! ¡Qué feliz eres!

A pesar de esa soga tan corta, cuyo lazo puede correr resbalando alrededor del tronco, ¡qué feliz eres! Y si te llevarán la comida á tiempo todos los días, mucho más feliz. Y si no estuvieras ahí para nada, sino, simplemente, para estar, más feliz aún.

Porque el trabajo de «Sintiya» empieza cuando se ha puesto el sol, cuando vuelven los muleros del campo y van las bestias rebrincando hacia la fuente, cuando se marchan las escardadoras, enciende las luces el capataz, duermen los

pájaros y quedan solos á dialogar toda la noche un buhó y un ruiseñor.—Todavía no han florecido los naranjos, ni puede reflejarse la luna en la blancura del azahar; pero ya apunta la flor y el viento va buscándola, para su delicia.—Una hora más. Los jornaleros ya están en sus casas. Hace su ronda silenciosa el capataz y los guardas, armados de escopetas, se encaminan hacia sus puestos. Entonces es cuando «Sintiya» cree oír cerca ó lejos, en el sendero ó en el camino, los pasos de un ladrón. Toda estremecida, irguiéndose sobre las cuatro patas, lanza el primer ladrido. Silencio; largo silencio. Ventea, rodea el árbol, clava los ojos en la sombra, vuelve á

echarse y hunde la cabeza en el suelo, para mirar á las estrellas. ¿Por cuánto tiempo? Un ladrido seco y potente la despierta. Es el mastín del guarda de las vacas, que está más allá del olivar. Todo el campo responde y «Sintiya» también. Graves, dignos, iracundos, temerosos, de esos que ponen en recelo al caminante y le invitan á echar mano al revólver; ó agudos, molestos y procazes, llenos de impertinencia; uno á uno, ó todos juntos, suenan los ladridos durante largo rato, desde lo alto de la sierra hasta el otro lado del río. Luego, lentamente, van apagándose. Otro silencio. Luego en la amplia serenidad de la noche estrellada, se oye el silbido angustioso de un tren...

Y entonces, cuando «Sintiya» se levanta de un bote, venteando algo extraño, sospechoso, y ahogando un gruñido ronco, que no llega á estallar, escúrrese una sombra conocida y temida. Es el guarda. Lleva en la mano, prevenida, el arma. «Sintiya», acobardada, se hace un ovillo al pie de su naranjo, huyendo del golpe y de la blasfemia que le amenazan. Luego otro silencio, lleno de zozobras y palpitaciones. Unas ramas que se remueven, otra sombra blanca que aparece por el sendero agachándose, pegada al seto. Y luego el tiro, el estampido sobre sus orejas, un grito, pasos en la oscuridad, luces, alarma, todo el campo en vela...

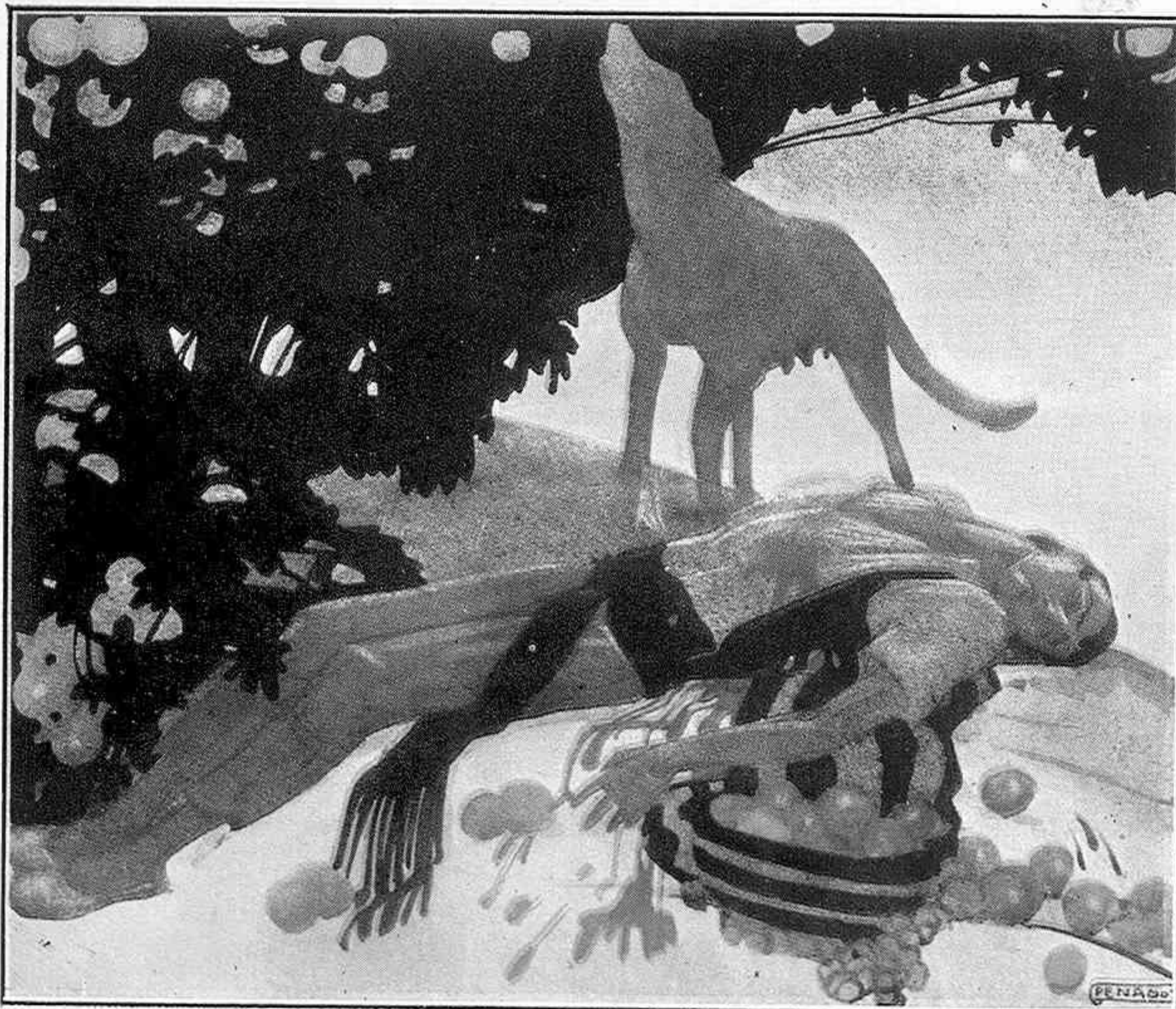
¡Ay, «Sintiya», «Sintiya»! ¡Qué dolor! Hasta el alba el ruiseñor ha querido cantar en la copa del naranjo. Cuando amanece el pueblecillo alado, parlero é innumerable, saluda á la luz del sol como todos los días. Pero hay un cuerpo tendido frente al naranjo. El boj y el regatillo están manchados de sangre. El capataz llega, á caballo, y detrás de él, galopando en su yegua, el amo.

—Aquí está, aquí está—les grita el guarda—. ¡Este ya no vuelve! Es de las minas, forastero.

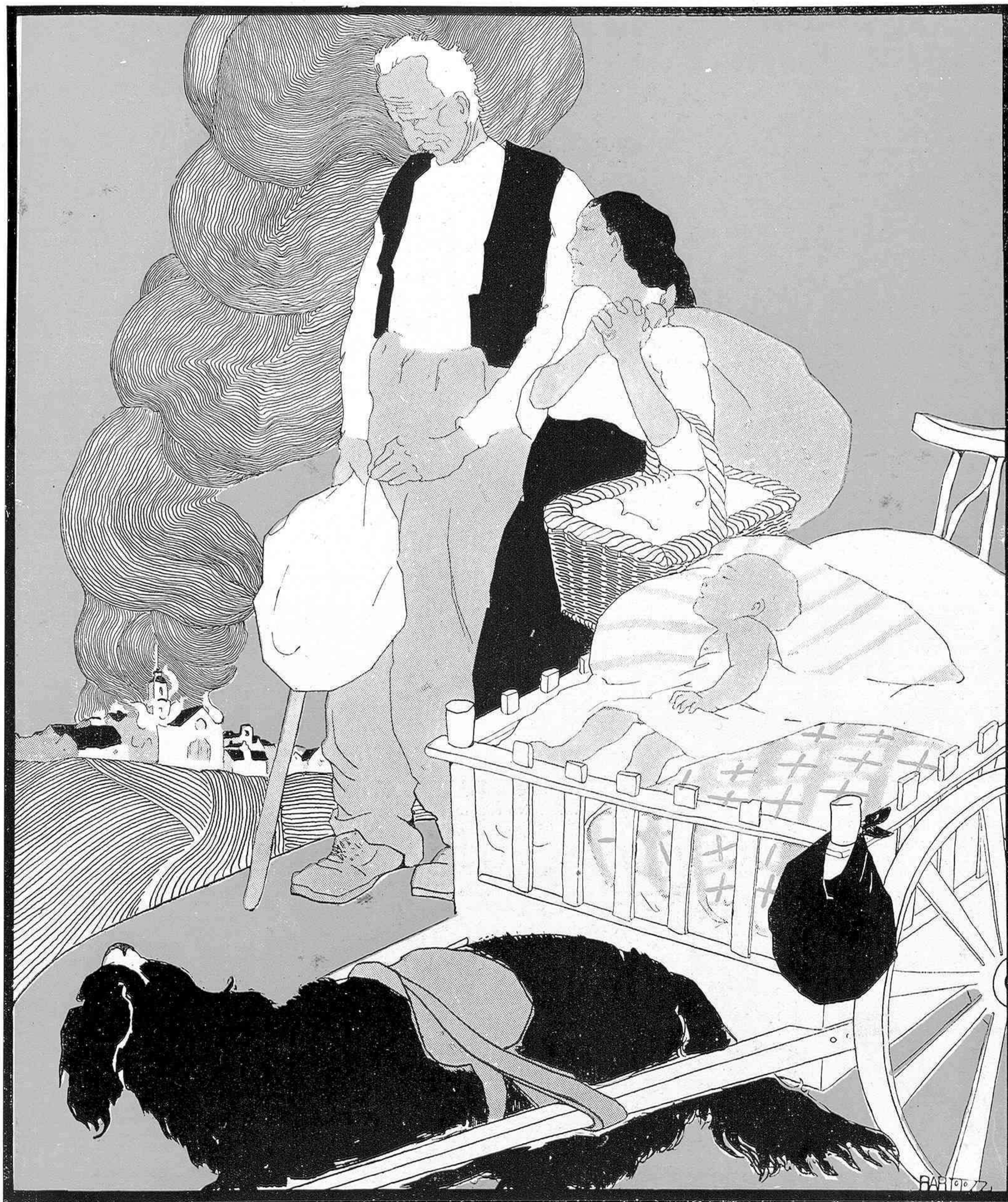
El amo, campesino y señor, tiene en el rostro afeitado la nobleza de rasgos de un patricio romano. Descaburga y se arrodilla, sombrero en mano, con los ojos arrasados de lágrimas. «Sintiya» levanta el fino hocico al cielo y exhala un largo aullido lastimero y maternal.

Luis BELLO

DIBUJOS DE PENAGOS



DE LA GUERRA



—Padre, y ¿qué razón hay para esto?
—Hija, sin duda, una razón estratégica.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

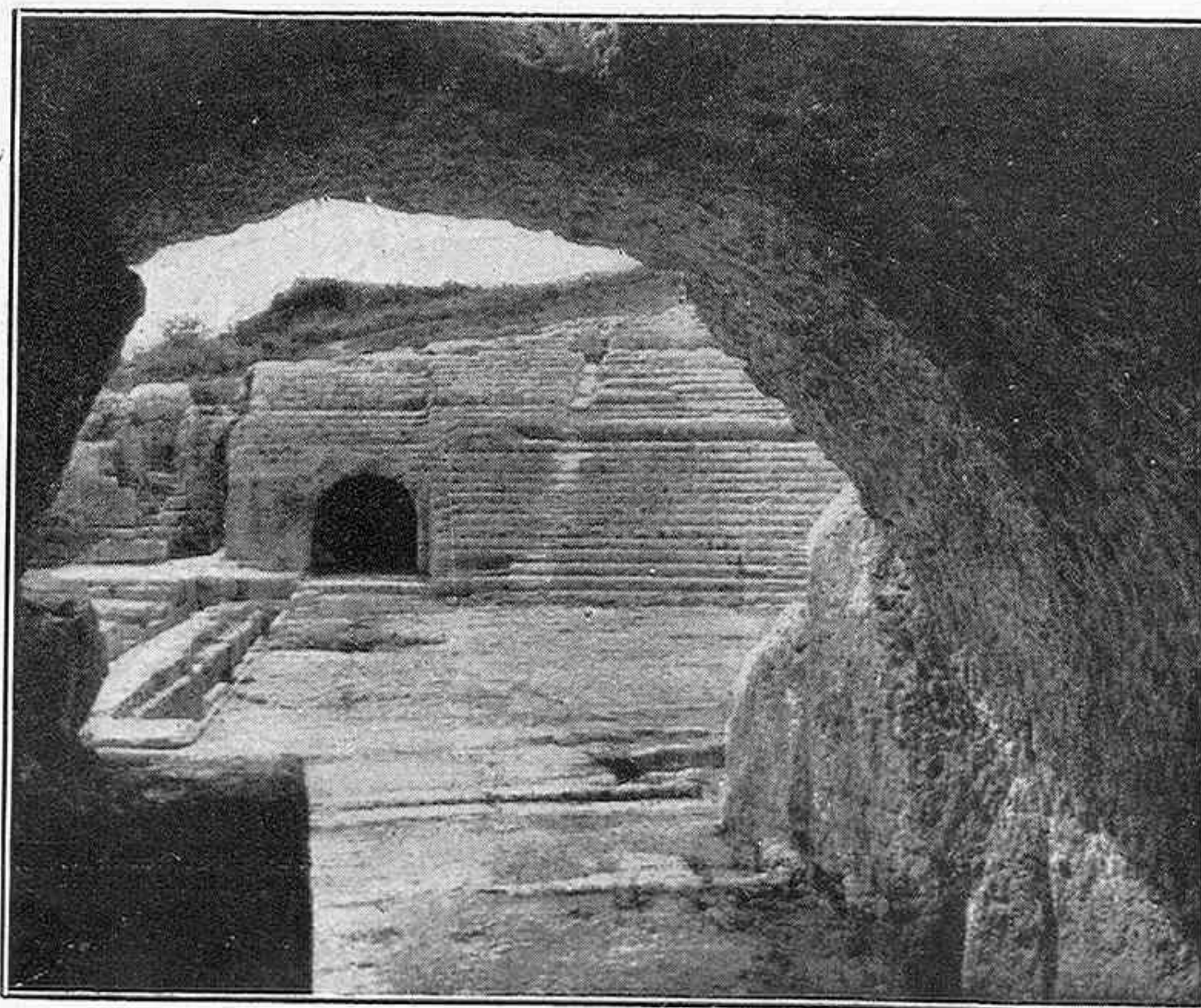


EL ESTRENO DE "LOS PERSAS", DE ESQUILO
UNA CORTE DE POETAS



El Anfiteatro romano, de Siracusa

Esos de las cortes de poetas, es cosa que comienza a perderse en la noche de los tiempos. No pasará mucho sin que se enseñe en los museos arqueológicos, como pieza rarísima, la momia de un poeta palatino. Después de Tennyson, después de nuestro Grilo, los poetas desaparecen de los palacios de los reyes y los magnates. Ni siquiera, en el humilde papel de trovadores ambulantes, rondan ya los castillos de los señores, y si los rondaran, correrían el riesgo de que los detuviese la policía. Es, acaso, que los poetas modernos no sirven para juglares, y si no son capaces de sentir y cantar las grandes indignaciones de los humildes, los oprimidos y los explotados, tampoco se sienten con consonantes suficientes para cantar las glorias de los vulgares reyes constitucionales modernos y de los herederos de los señores feudales que les rodean. En realidad, la última corte de poetas y músicos, de pintores y escultores, floreció al lado del rey loco de Baviera. La primera, acaso, fué la que rodeó al fastuoso rey de Siracusa, Hieron I, segundo monarca de la gloriosa dinastía de los Dinoménides.



Ruinas del Teatro griego

Porque, acaso, en más remotas fechas todavía y en el lejano Oriente, en las civilizaciones asiáticas, los poetas andaban cerca de los reyes, tetrarcas y exarcas, pero allí el poeta se confundía con el mago, el lírico con el adivinador. Era el conjuro de la fe religiosa ó de la superstición, lo que inspiraba á los tiranos respeto para aquellos hombres de fantasía ó picardía bastantes para interpretar sueños y predecir el porvenir, leyéndolo en las entrañas palpitantes de un ave ó en los surcos de la mano.

Pero Hieron no buscó astrólogos, ni quirománticos, ni pitonisas para aumentar el esplendor de su corte, sino poetas, sencillamente cantores de belleza, rimadores de verbo, músicos misteriosos que ponían á las palabras alas, como de ángel ó de mariposa, y con ellas las enviaban hasta el cielo. Los más ilustres poetas de Grecia fueron llamados á la corte de Siracusa; no ha llegado á nosotros relato alguno de los estímulos y estipendios que á los vates se dieran, ni de las aclamaciones con que los siracusanos recibieran aquella embajada del propio Olimpo, ni de las fiestas que se dieran en su honor.

Sabemos solo que los poetas helenos llegaron al naciente imperio griego de Occidente, cuando aquel poderoso arquitecto, llamado Domenicos Myrilla, alzaba el grandioso teatro de la Neapolis. Aún queda, después de 2.200 años, el esqueleto de esa obra admirable; aún se conserva el trazado de su gradería. No se necesita gran acopio de cultura ni muy loca fantasía, para cerrar los ojos, cuando se encuentra uno entre esas piedras veneradas é imaginarse el espectáculo de 27.000 siracusanos, escuchando una tragedia de Esquilo ó discutiendo reunidos en asamblea popular. Porque Siracusa comenzaba á ser pentápolis. Había vencido á los cartagineses, enemigos crueles de los sicilistas, y como prenda de victoria les había impuesto la prohibición de seguir haciendo sacrificios humanos á sus dioses. En todo Oriente, en Roma, en las Galias y en el Norte africano, quedó el mundo suspenso mirando aquel acto—que hoy llamaríamos de cultura—, que imponía un sentimiento humano por toda indemnización de guerra. Había vencido á los tirrenos, extendiendo así su influencia en el mar que bañaba las costas de Iberia, Cartago, Roma y las Galias. Del botín de aquella guerra se había fundido la estatua de la Victoria, de oro macizo, colocada en el templo de Delfos.

En medio de esta alegría y de estos esplendores, cuando la abundancia entraba fácilmente en todos los hogares, cuando el orgullo del engrandecimiento de la patria ganaba todos los corazones, llegaron los poetas que iban á honrar el palacio de Hieron. Era Esquilo, el autor de las tragedias que adoraba Grecia; era Píndaro, que encontró en Siracusa y en su rey asuntos para muchas de sus odas inmortales; eran Simónides de Ceos y Bacchylides y Epicarmo; era toda la luz de Oriente, era toda la tradición de los rapsodas, era toda la gloria de Grecia que acudía á honrar á la antigua colonia emigrada, hija de

Corinto, que había sabido constituirse en nueva patria.

Este teatro, cuya gradería arruinada y cuyos fosos descubiertos, dan idea de su grandeza, está lleno de siracusanos. Sobre las sesenta gradas una multitud impaciente y alborotada espera ansiosa la llegada de Hieron, rodeado de su corte.

Es la fiesta inaugural del teatro. Los siracusanos ven como una fausta predicción que ha sabido escogerse para alzar la soberbia Neapolis, aquel declive poético de la colina Teménites, en cuya cumbre se alza el templo de Apolo, y en cuya base el mar siciliano canta á los hombres que le han dado victorias sobre el mar cartaginés y sobre el mar tirreno.

Cuando aparece Hieron en la grada central, aquella muchedumbre estalla en un clamoreo de entusiasmo y alegría.

A su lado, la Reina, que era bella, y en derredor no están los capitanes que adiestran á sus soldados en los campamentos, para cuando llegue la hora de defender la patria contra los agrigentinos, contra los etruscos, contra los sículos, contra los italisitas, contra los cartagineses, y, ¡oh, crimen!, contra Grecia misma, contra la adorada madre jónica que, enloquecida de envidia ó de soberbia, quiso exterminar á Siracusa.

La corte que acompaña al Rey es la de los poetas que habían llegado de Grecia; es la del orador Corax, cuya palabra ardiente enardecía á los siracusanos en los días de peligro, y es la del arquitecto Domenicos Myrilla, que acababa de construir la Neapolis, y tras ellos van los admirables escultores que dan envidia á la escuela griega, y los artífices, maestros del arte del mosaico y la terracota y la platería y el tejido.

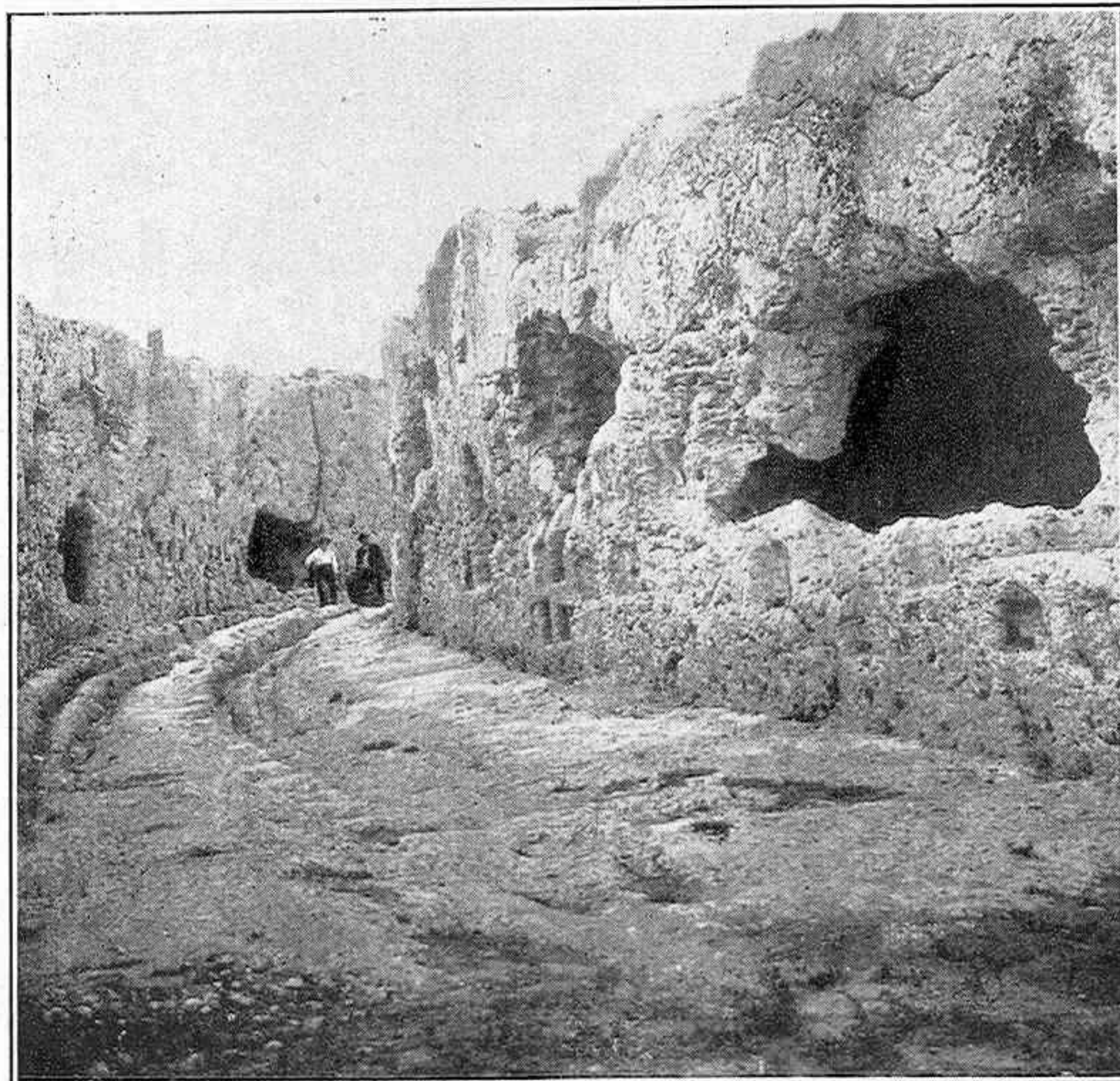
Y allí fué, en aquel día, que evocamos cerrando los ojos entre las piedras derruidas, cuando los comediantes representaron por primera vez *Los persas*, de Esquilo, que el mundo no había de olvidar jamás y que leerá eternamente. No sabemos si en aquella edad se le concedía tanta importancia como ahora á los estrenos; en alguna reconstrucción literaria de las costumbres helenas, donde la fantasía del autor no puede contrastarse con verdades históricas, se imagina al pueblo apasionado en los estrenos de las obras teatrales.

Claro es, que debía acompañarles el encanto é incentivo de la novedad, pero, por lo menos, no está probado que existiera la crítica fulminante de nuestros tiempos. ¡Lástima grande que de este *acontecimiento teatral* no nos hayan dejado reseña completa los colegas del escalpelo!

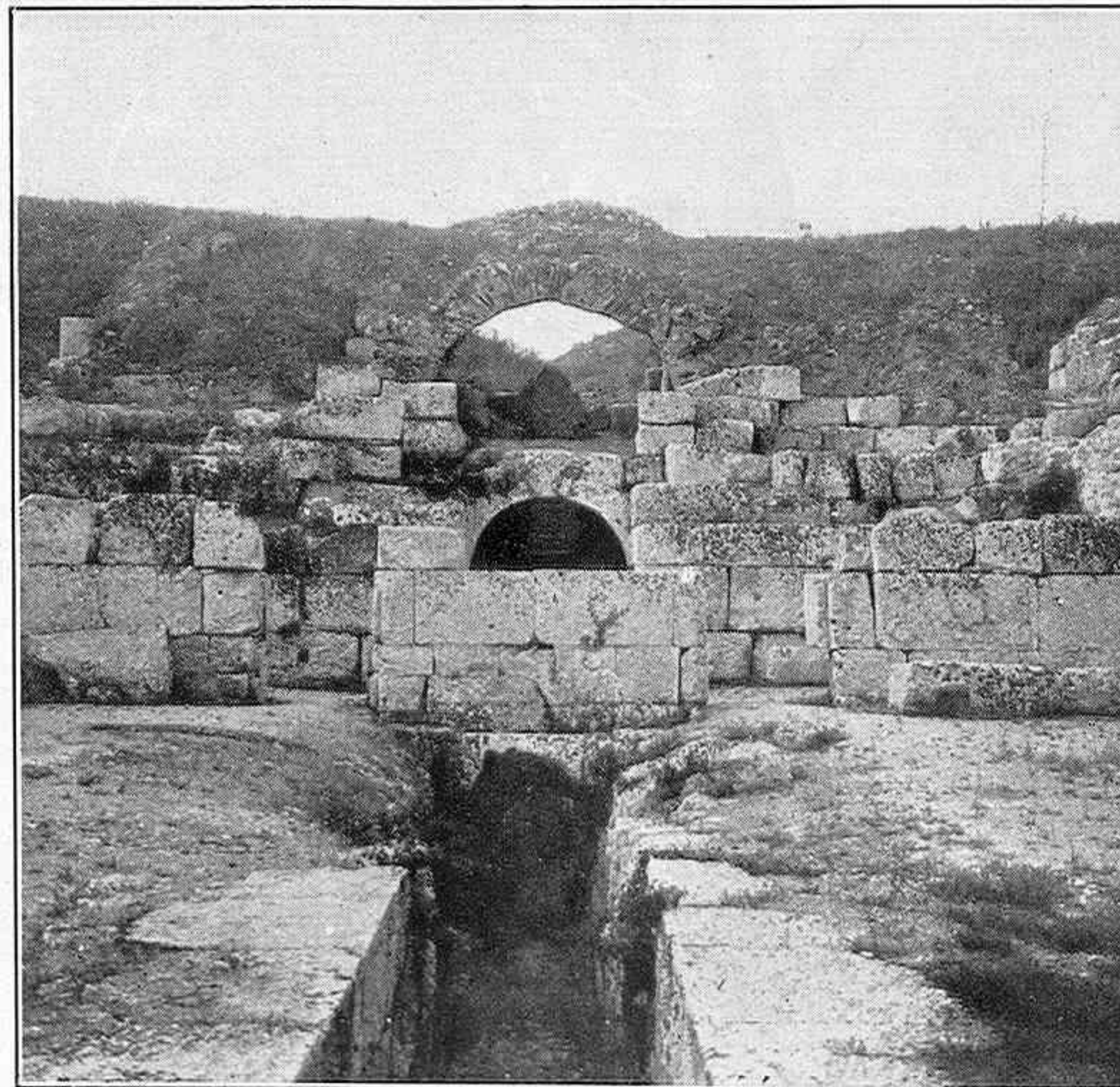
AMADEO DE CASTRO



Entrada al Anfiteatro romano



Calle de las Tumbas



En el Anfiteatro romano





UN DESTACAMENTO BRITÁNICO ATRAVESANDO UN BOSQUE DE BÉLGICA, DEVASTADO POR LA ARTILLERÍA, Y AL QUE EL "HUMORISMO" INGLÉS CONVIRTIÓ EN UN REMEDO DE LONDRES

Dibujo de E. Matania

ATENCIÓN
BIBLIOTECA
MADRID

ECOS DEL PASADO
LA MUERTE DEL FÉNIX DE LOS INGENIOS

(27 de Agosto de 1635)

CALLE de Francos, hacia la del León, va muy ensimismado en su pensamiento, tanto, que pudiese decir que no se fija donde asienta el pie, un hidalgo de ya alguna edad, pero aún muy bizarro y apuesto.

Distante de él, unos cuantos pasos, síguele un paje, que porta un rico bastón con puño de oro y una gabrilla con papeles.

Al volver la esquina, casi tópose el distraído con otro, que lleva la misma ruta que él deja. Hubieron entrambos de parar en seco, para evitar el choque.

Así como levantaron los ojos para mirarse á las caras, reconocieronse.

El que dejaba la calle de Francos, era el Sr. D. Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, el que en ella entraba, el Doctor Juan de Negrete, médico de cámara de su Majestad.

Dijéronse lo de rigor, que es saludarse y ofrecerse á servir el uno al otro, y pasados á pedirse razón de cómo se hallaban en aquel sitio, dijo su Excelencia:

—Ahí vengo de visitar á Frey Félix, que anda muy fuera de salud, y cierto que lo avanzado de su edad, dame mucho que temer.

—Pésame de veras—replicó el doctor—y si no como médico, sí como amigo y devoto de su ingenio, quisiera verle.

—El será muy contento—tornó á decir el de Sessa—y todos se lo agradeceremos á vuesa merced, porque ya es seguro que aunque mi Sr. D. Juan entre como amigo, no podrá menos de visitar como doctor.

Y tomando la calle de Francos, dieron en la casa del Fénix...

ooo

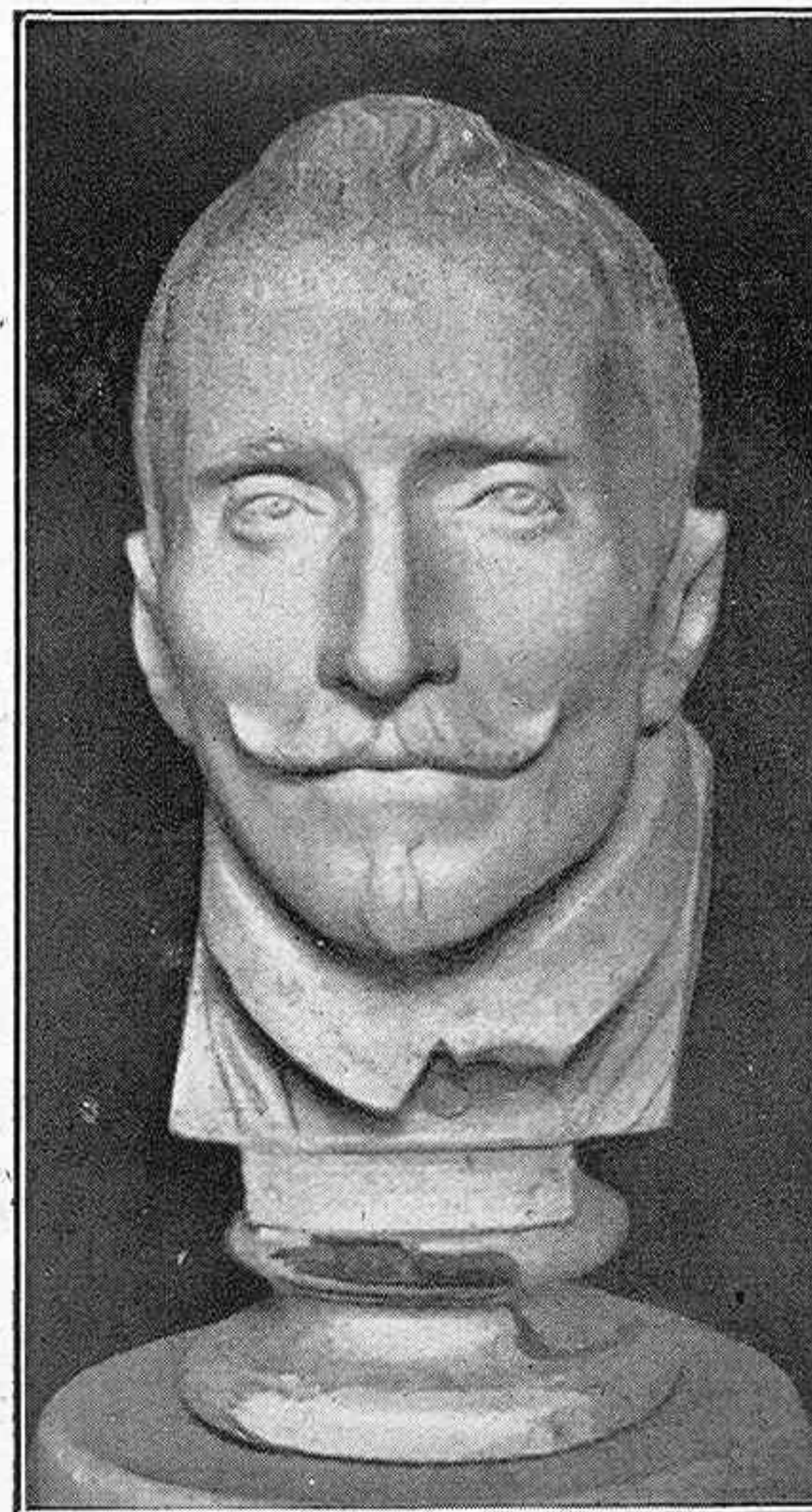
No hubieron menester de llamar á la puerta, que ya tanto porque los golpes de la aldabilla no molestaran al enfermo, como por evitar el acudir continuamente á recibir á los vecinos que entraban á ofrecerse á la hija del poeta, estaba la puerta entornada.

Sin saludar apenas, entraron el Duque y el Doctor en el dormitorio, donde padecía el cantor maravilloso de *Amarilis*. Apenas lo advirtió, que estaba como traspuesto, abrió los ojos, y en viendo al profesor de la Real cámara, dijo con bastante dificultad:

—¡Bendito sea Dios! ¿Es vuesa merced? ¡Qué dicha! Déjeme que le bese la mano. Pero dígame acá, sin que piense que la verdad pueda acongojarme, ¿tan para escaparme estoy que hace menester de tanta autoridad que me corte el paso? Mandóle el Doctor que hablase poco, porque



Retrato de Lope de Vega, reproducido del notable grabado que se publicó en la edición de "El Isidro", hecha en 1599



Busto de Lope de Vega, modelado por J. Antonio Herrera Barnuevo, escultor de cámara de Felipe IV, que se conserva en la Academia de San Fernando

el mucho hablar no le convenía; tomóle el pulso y le auscultó con mucho cuidado y salióse un momento de la alcoba, diciendo que iba á recetar.

ooo

En lo que fué hasta pocos días antes, estudio del Fénix, donde tantos capítulos, intensos, de su vida se hicieron comedias, y tantos dolores de su corazón florecieron en versos, estaban muy apenados Doña Feliciana de Vega, su esposa Luis de Usátegui, el Duque protector y el médico amigo.

Este era el único que hablaba, y por el cauce de sus palabras comenzaban á correr hilos de lágrimas.

—Si Dios no hace un milagro—decía—no verá mañana ponerse el sol; él no lo piensa así, pero ello veremos todos que es la verdad.

—Pero, si apenas lo advertimos—sollozaba la hija Feliciana—no se desperdició minuto para procurarle el remedio...

—Oiga vuesa merced el proceso del mal, que nos les quiere llevar—continuó Usátegui—Habrà cosa de tres días, el 24, festividad de San Bartolomé, levantóse muy de mañana, como había por costumbre; rezó el Oficio divino, dijo Misa en el oratorio, que oímos todos los de casa; fuése luego al jardín y pasó un buen espacio entretenido en regarle, y después recogióse á escribir y á estudiar, pues en todos los días de su vida, desde que tiene uso de razón, no ha dejado uno solo de hacer estas dos cosas. A medio día sintióse algo resfriado, atribuímoslo á la humedad que tomara regando las flores...

—Sepan vuesa mercedes—atajó Feliciana—que este padre mío, que quiere llevarme Dios, es un santo, y había por voluntaria penitencia el azotarse todos los viernes con unas crueles disciplinas, en memoria de la Pasión de Jesucristo, y desto entiendo yo que le viene su fin, tanto por quedarse medio desnudo, como por la sofocación que tomaba en tan alto ejercicio.

Volvió Usátegui á tomar la palabra, porque á su mujer le ahogaba el llanto.

—A pesar de sentirse indispuerto y haber bula para comer carne, por un corrimiento que padecía en los ojos, comió pescado y no quiso guardar cama. Por la tarde, no escusó de asistir á las conclusiones de Medicina y Filosofía que en el Seminario de los Escoceses había defendido el

Dr. Fernando Cardoso, dióle repentinamente un desmayo que obligó á entrarle en el aposento de D. Sebastián Francisco de Medrano, y de allí, así de que se sossegó un poco, nos le trajeron en una silla de manos. Llamamos los médicos, y como de cabecera al Ldo. Felipe de Vergara, los cuales, pensando que fuese achaque del estómago, diéronle un minorativo para purgarle, y luego, á petición de la calentura, sangraronle en abundancia. Esto es todo; agora mande vuesa merced, señor doctor, lo que ha de hacerse.

Pidió Negrete que le mostrasen la sangre sacada al enfermo, y así como la vió, no supo disimular un gesto de disgusto y dijo:

—Esto es hecho.

Tornó á la alcoba y nuevamente pulsó al enfermo.

—¿Cómo va, padre?—preguntóle.

—Eso le pregunto yo á vuesa merced—respondió Frey Félix.

A que respondió Negrete, poniendo en cada palabra más tiento que en la diestra cuando encomendábase la guía de una lanceta por las doloridas carnes de un hijado.

—Un remedio sé yo de mucho alivio, y cuándo no, de mucho consuelo, que tanto y mejor que yo conoce su reverencia, y á fe que se le recomendará sino le diese espanto por entender que es de último recurso. ¿Qué no podrá sanar él, si es el mismo Dios?

—Pues que vuesa merced lo dice—aprobó Lope, con mucha mansedumbre—ya debe de ser tiempo...

ooo

En aquella misma tarde, que era 26 de Agosto, otorgó testamento ante el escribano Francisco Morales de Barrionuevo, sirviendo como testigos el médico Vergara, que le asistió primeramente, Juan de Prado, platero de oro, el capellán José Oriiz de Villena, D. Juan de Solís y Diego de Logroño, mercader de libros, que por el entonces imprimía la parte veintiuna de las comedias de tan excelso poeta.

Por la noche recibió los postreros sacramentos, cuyo acto fué de una solemnidad imponente.

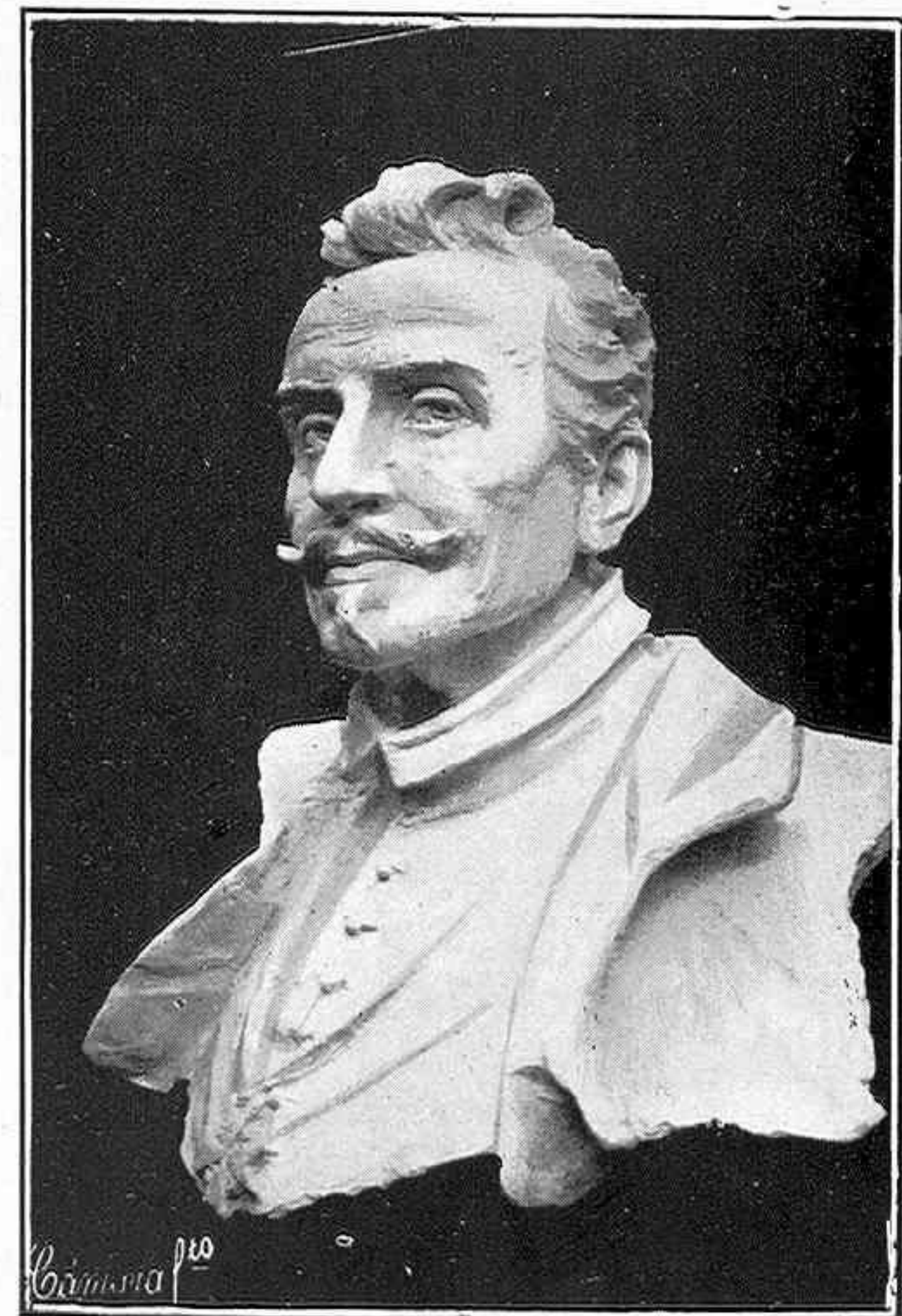
Amaneció el día 27 ya casi sin habla y todo él fué un horrible potro de tortura; no parecía sino que había una lucha entre el cielo y la tierra y cada uno asiase al paciente por llevarsele.

Al fin uno y otra pusieron de acuerdo á las cinco de la tarde, y llevóse el cielo el ánima que hubo de dar setenta y tres años antes...

Fué el entierro el día siguiente y es fama que otro tan solemne no hubo hasta los días de hoy.

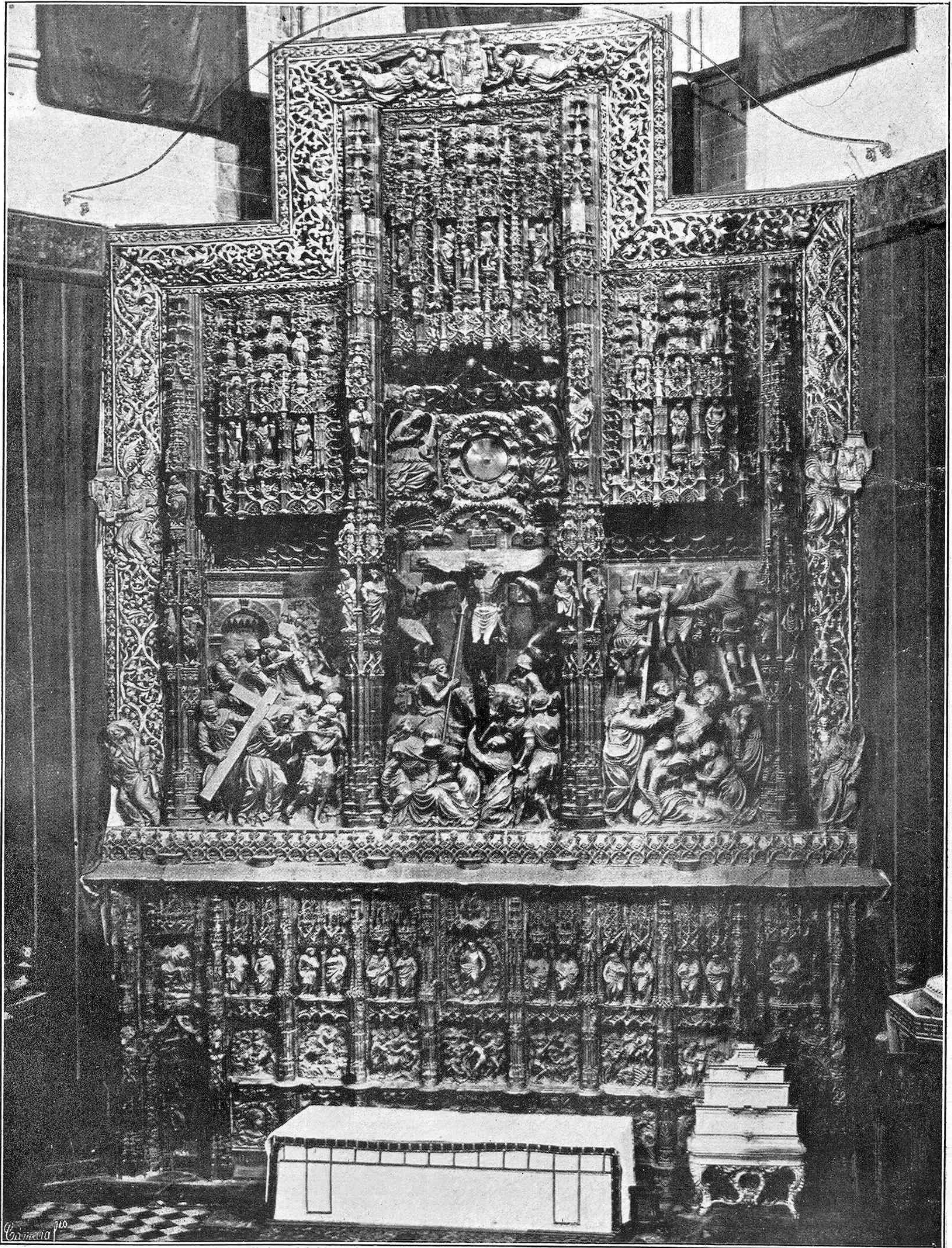
Diz que fué tan sentida esta muerte, que se la tuvo por calamidad nacional.

DIEGO SAN JOSÉ



Busto de Lope de Vega, ejecutado en mármol por el ilustre escultor Mr. Leopoldo Bernstamm, gran administrador del Fénix de los Ingenios

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



ATENEODE
BIBLIOTECA
C.D.P.

Magnífico retablo, de primorosa talla en madera, existente en la Catedral de Huesca

FOT. CAPELLA

Grimal



El encanto del tocado

CABECITAS de oro, cabecitas morenas, cabecitas de rizos de color caoba, cabecitas de bucles castaños con suavidad de seda! Ante vuestra gentileza me posterno, reverentemente, con una zalema oriental. Y vosotras, altivas y gallardas, aceptaréis mi homenaje irguiendo magníficas las figuras gráciles, coronadas por el último y más excéntrico tocado; ese tocado que vuestros dedos sabios supieran improvisar alrededor del lindo rostro, rosado ó trigueño, para que sus encantos aumentaran.

¡Suprema importancia la de un frágil tocado de mujer en la vida!... Bajo los promontorios de flores, lazos, plumas y pedería que colocaba sobre sus empolvadas ondas la marquesita Pompadour, su sonrisa se dibujaba, indudablemente, más enloquecedora, y sus ojos relucían más fulgurantes entre los plateados cabellos, esclavizando, con una mirada, al regio adorador que á sus pies de niña depositara su corona.

La leyenda, con sus áureas tradiciones, nos brinda aquellas noches de la sultana Sherezada, en que, radiante y bellísima, se arrodillaba á los pies de su señor para referirle, con voz armoniosa, historias de maravilla, mientras las manos del Monarca jugueteaban con las esmeraldas y los zafiros que, en oriental atavío, coronaban la azuleante cabellera de la hija del Gran Visir.

Allá, en las lejanas páginas de la historia, estudiad el tocado, regimiento sencillo, de la feroz Lucrecia Borgia. ¡Qué habilidad en la colocación del adorno, que prestaba suavidad y dulzura á las facciones duras y enérgicas, como cinceladas en mármol! Unos hilos de perlas trenzados entre el rojizo pelo, era lo único con que se engalanaba la cruel italiana.

Más lejos aún, contemplad la cabeza exótica de la enamorada de Marco-Antonio, de la reina Cleopatra, recargada de gemas deslumbrantes en sus tonalidades de arco iris. Sobre las sienas, los triángulos de oro labrado, incrustados de diamantes, deslumbradores como estrellas, iban rematados por el dorado pavo real, que cobijaba, bajo sus esmaltadas alas, á su egregia poseedora. Descendiendo hacia el cuello de elegancia de cisne, sargas de perlas negras, de rubíes sangrientos como heridas y entre todo este edificio, imaginado por una mujer de alma felina, caía prisionero el general vencedor en cien batallas... ¡Mujeres, mujeres, siempre dueñas del mundo!...

Como un espectro de pesadilla, surge ante mí la cabeza trágica de la princesa Salomé, decapitada al volverse á cerrar el hielo sobre el que bailara su última danza de locura. En el transparente cristal, contemplaba la revuelta madeja de los cabellos del color del cobre fundido, donde se recortaban los aretes de plata, incrustados de piedras preciosas, que caían á los lados del rostro lívido, velado á trozos por girones de transparente gasa, de un azul de relámpago. Y, sobre todo, alucinantes y horribles, unas gotas de sangre roja, como macabro complemento á aquel último tocado de una muerta...

Hija del siglo que empieza su ultra-disparatada vida, la Eva moderna triunfa sobre todo.

ALVARO RETANA.



Alvaro Retana

¡Vedla pasar! Contemplad su figura delicada, esfumándose entre las telas sutiles de

un colorido desconcertante y exornada la cabecita, graciosa como un pájaro ó una flor, con *sprits* de valor fabuloso. Miradlas otras veces, envuelto el esbelto cuerpo en las sencilleces de un *tailleur* y, para ocultar el peinado de colegiala, un sombrerito diminuto de una forma frívola y ligera, que hermana á la perfección con el alocado espíritu de la Venus del día.

¡Pintores de elegancias! ¡Pintores de mujeres! ¡Magos que supisteis reproducir en vuestros lienzos el complicado mecanismo de la fragilidad femenina y el adorable encanto de sus bellas cabezas!... ¡Yo os admiro!...

¡Francisco de Goya, el que nos dejara, en sus cuadros maravillosos, un recuerdo de aquellas deliciosas duquesas-majas que, con un velo de encaje, sabían hacerse el más lindo tocado del mundo! ¡La incomparable mantilla española!... ¡Romero de Torres, el evocador del alma cordobesa y de sus mujeres, que parecen vivir en sus pinturas, contándonos con sus ojos de moras toda la tristeza de sus corazones soñadores!... ¡Pablo Béjar, que, como ninguno, acertó á reproducir la majestad señorial de las flores de salón aristocrático!... ¡Néstor, el creador de una escuela fantástica y extraña, bajo cuyo pincel surgen las figuras quiméricas, como hijas de un ensueño! ¡Zuloaga, cuyos bustos de gitanas de carne de bronce y lustroso peinado, en el que resalta los peñecillos de colores, contrastan con el plácido aspecto de las campesinas segovianas, tocadas con la típica indumentaria de su región!... ¡Anselmo Miguel Nieto, que sabe copiar de la vida la belleza que la vida le ofrece, al retratar á la mujer española!... ¡Zamora, el dibujante inimitable, que hace vivir, bajo los trazos de su lápiz, á las herederas de Friné y Ninón de Lenclos!...

ooo

La Eva moderna es caprichosa, como un bebé, ó voluble, como una mariposa. Hoy la veréis con vestiduras moldeadoras de sus formas, cual las de una Tanagra y casi oculto el pálido semblante por las inmensas alas de un sombrero de tercio-



ALVARO RETANA

pelo negro. Mañana, acaso no la reconozcáis entre los pliegues múltiples de un traje que dan á su silueta el interesante aspecto de una dama de la corte de Napoleón III, y, estupefactos, contemplaréis su rostro, cambiado completamente de expresión, al colocar sobre los rizos rebeldes un casquete pequeñísimo, que casi no puede cubrir la loca cabecita.

Cuando al correr el Tiempo traiga los días rezadores de la Semana Santa, envolverá su busto en las blondas marfileñas de la mantilla ó la velará con el enrejado de los madroños sedientos.

¡Noches de verbena! Sobre la cabeza surgirá, orgullosa, entre un montón de claveles, la castiza peineta de concha, satisfecha de que admiren alguna vez sus calados maravillosos.

Y mientras el hombre lucha en la busca del oro para ofrendarlo á los pies de su ídolo, las manos primorosas, impasibles á todo, prosiguen ante el espejo la confección de un nuevo tocado, que, al aumentar la belleza de su dueña, harán afianzarse más y más las cadenas del esclavo...

Manuel-Alfonso ACUÑA

DIBUJOS DE ÁLVARO RETANA



CIUDADES VIEJAS EL TOBOSO

CONCLUSIÓN

El generoso hidalgo que nos trajo de Quintanar nos obsequió aquel día en su amplia morada. Aunque no dominaba el color verde en su vestido y arcos, dimos en llamarle el caballero *del verde gabán*, por la buena vida que se daba en relación con su hacienda copiosa. Sólo por esto y por su esmerada cortesía y vasta ilustración, le hallamos parecido con el D. Diego de Miranda, á quien D. Quijote encontró pocos días después de salir del Toboso. Nuestro amigo no era casado, ni tenía un hijo poeta. La mesa en que comimos no la presentara mejor el más nombrado repostero de los Madriles. Mozos diligentes y criadas muy guapas nos servían. Los ricos manjares competían con los vinos excelentes. De sobremesa platicamos alegremente de lo humano y lo divino. Se me olvidaba decir que antes de la comida nos enseñó toda su casa, que era tan grande como un mediano pueblo; los patios sucedían á los patios y no tenían fin los aposentos en que guardaba sus cosechas, graneros, bodegas, almacenes de quesos, y, por último, las cuadras, donde se alojaban el sinnúmero de mulas destinadas al transporte y labranza. Las aves de corral no se podían contar, ni menos los perros, gatos y otras alimañas, que completaban la rústica familia.

Y ahora, complacientes lectores, doy un brinco en mi relato y vuelvo junto á Sancho Panza, á quien dejé en el camino del Toboso, discurriendo el arbitrio que usar podría para salir airoso del aprieto gravísimo en que su amo le puso. Hombre de refinada astucia y conocedor del genio de su amo, sacó de su mollera la invención peregrina de hacer creer á D. Quijote que tres aldeanas puercas, montadas en borricas, eran Dulcinea y sus damas, que salían á recibir al caballero, radiantes de hermosura y eclipsando al mismo sol con el brillo de sus galas principescas y el arreo suntuario de las hacaneas que montaban.

Perdónenme la mezcolanza cronológica que les hago refiriendo á un mismo día la reproducción de la visita de D. Quijote y Sancho al Toboso y las cosas insignificantes que me ocurrieron en la patria de Dulcinea. Tres siglos median entre aquello y esto. La escena del bromazo que el escudero dió á su trastornado señor es de tal belleza en el texto cervantino, que no me atrevo á reproducirla y menos á extractarla. ¡Nadie las mueva, vive Dios! Si los cuadros de índole humorística pueden igualarse á los de carácter épico y entonado estilo, sostendría yo que el pasaje del encantamiento de Dulcinea á la salida del Toboso es digno del padre Homero. Si bien se mira la escena no es enteramente cómica, sino más bien una feliz amalgama de burla y duelo, una mueca que deriva en emoción intensísima. ¿Quién no se siente hondamente afligido ante la desolación y amargura del bravo Caballero, al ver hecho polvo su ideal y pisoteadas, por las borricas, sus altas ilusiones?

Ya era media tarde cuando Jesús del Campo fué en busca mía, como me propuso, para llevarme á la presencia de su hija *Marsellesa*. Tales eran mis ganas de conocer á la hembra que ostentaba nombre tan simbólico dentro del idealismo republicano, que cogí del brazo á Jesús y le obligué á marchar de prisa por encrucijadas y plazuelas. «Ya estamos cerca, señor—me dijo el buen Jesús—al fin de esta calle está la casa en que sirve la chica. Su amo es un tal Cernudas, que se dedica al negocio de cer-

nudas, que comerciaba en lanas, y nieto del Cernudas más famoso, que tuvo en las afueras, junto á la ermita de Santa Ana, un alfar donde se fabricaban las renombradas tinajas tobosinas, algunas con cabida de sesenta arrobas... No ha mucho que volvió de la fuente con el cántaro lleno, y ahora debe estar fregando en la cocina. Mi *Marsellesa* es limpia, como los chorros del oro... y ahora viene á pelo decirle que el nombre de *Marsellesa* es invención mía, pues cuando la llevamos á bautizar el cura D. Liborio se negó á ponerle un nombre tan hereje y de ello resultó el denominarla conforme al almanaque de aquel día, que reza el *Dulce Nombre de María*. Por la Iglesia se llama mi hija *Dulce Nombre*, que viene á ser, fijese usted, lo mismo que *Marsellesa*, y por este nombre la conoce y designa todo el pueblo.» En este punto salté yo, diciendo que, pues su nombre de pila era de tanta dulzura, yo había de llamarla *Dulcinea del Toboso*. Así hablábamos cuando salió del portal cercano una moza de buena estampa, esbelta, garrida, de gracioso palmito, *alta de pechos y ademán brioso*, que vino á saludarnos risueña y un tantico ruborizada. *Marsellesa*, hija mía—dijo el padre—aquí tienes al caballero de Madrid, que quiere conocerte.

—Alto ahí—exclamé yo, llegándome á la moza y cogiéndole la mano, que era bien formada, gorduzuela, y áspera como de fregatriz—protesto de ese nombre exótico y le aplico el que le pusieron en la pila del bautismo, que es Dulzuras, Dulzuritas ó mejor aún el de Dulcinea, que es el que mejor encaja en el lugar donde estamos.

—Quite allá, señor—replicó la moza, retirando su mano—*Marsellesa* me llamo y así me llamaré mientras viva... y dígame ahora, caballero: ¿Es verdad que ahora va á venir la República? Mi padre me ha dicho que usted y los caballeros que han venido de Madrid la van á traer en seguida.

—Sí, sí, guapa moza; la traeremos á escape—afirmé yo, sintiendo que en mi cabeza se iniciaba un ligero trastorno, alteración de las formas visibles.—Dime otra cosa. ¿Te has enterado de lo que pasó esta tarde á corta distancia de la salida del Toboso, por la parte de allá, donde está la parroquia? Pues salió una hermosísima princesa, alta y garrida como tú, acompañada de dos damas... Montadas las tres en briosas hacaneas, luciendo sus mejores galas y cubiertas de pedrería iban al encuentro de un famoso Caballero llamado el de la Triste Figura... Pero permitió el cielo que un rústico malicioso, que sin duda tenía pacto con el demonio, echó un infernal conjuro sobre la princesa y sus damas convirtiéndolas en tres zafias y mal olientes labradoras, montadas en borricas.

Al oír tales despropósitos, *Marsellesa* miró al

padre y el padre á la hija, sin pronunciar palabra. Comprendí que me tenían por falto de seso al decir lo que dije... Recobrándome de mi desvarío rectifiqué prontamente, en esta forma:

—Dejen que me explique mejor. Lo que os he contado, ó sea el encantamiento de Dulcinea no es cosa de hoy, ni de ayer, ni de la semana pasada; ocurrió el suceso hace tres siglos; pero es de tal trascendencia en la Historia humana y en la vida manchega que ningún hijo del Toboso puede ignorarlo.

—Algo y aun algo sé yo de esa historia, señor mío—indicó Jesús.—Pero á mi *Marsellesa* no le saque usted estas retóricas, que ella no entiende. Háblenos del cómo y cuándo van ustedes á traernos la República.

—Eso lo diría yo de buena gana si lo supiera—contesté—Pero tu hija es quien lo sabe, tu hija, que es la encarnación del ideal republicano; ora la llames *Marsellesa*, ora le des el nombre de la sin par Aldonza Lorenzo.

Y al decir esto, ni corto ni perezoso la agarré fuertemente de ambos brazos, como para llevármela conmigo. Protestó Jesús, sorprendido y enojado, y *Marsellesa*, con vigoroso tirón, se desprendió de mis manos, gritando: «Téngase allá, señor, y no abuse de que soy una pobre. Apártese nora tal y déjeme ir á mi obligación, jo que te estrego burra de mi suegro. Miren con que se vienen ahora los señoritos á hacer burla de las aldeanas». Diciendo esto echó á correr y, como una flecha, se metió en su casa, dejándonos al padre suspenso y á mí un tanto corrido.

Suspirando fuerte, Jesús me dijo: «Señor, como usted ve, mi hija tiene muy mal genio.

—Así lo sospeché—respondí—; más para comprobarlo le di aquel estrujón y sacudimiento que viste, no con ánimo de ofender su recato, ni para llevármela conmigo, ni para atentar á su preciosa libertad. Hícelo por darme cuenta exacta de su fiereza. Y ahora, después de la experiencia que acabo de hacer en tu hija, te digo, gran Jesús, que República sin coraje no es tal República, sino un tarro de dulce destinado á que se lo coman los reaccionarios y absolutistas.

—¡No es tarro de dulce, vive Cristo!—exclamó Jesús, fuera de sí—, si no embuido de materias sabrosas, con mucha pimienta, pólvora y azufre. A fe que tiene buenas pulgas la niña.

—Sosiéguese el buen Jesús—le contesté yo—. Ya he visto y comprobado que *Marsellesa* es la ideal República; pero... está encantada y hay que esperar, hay que esperar...

—¿A qué, señor?

—A que Dios ó los más sabios encantadores del mundo nos la desencante.

Y aquí acaba mi cuento. No acaba todavía,

falta un poquito. Al día siguiente me volví á Madrid, y al mes ó mes y medio recibí una carta de Jesús del Campo, rogándome intercediese con mi amigo D. Antonio (D. Antonio es el digno caballero que llamábamos *el del verde gabán*) para que éste le diera una plaza de guarda en cualquiera de sus grandes posesiones. Hícelo yo, de bonísima gana. D. Antonio se portó como quien es, y todavía está Jesús del Campo, esperando tranquilamente, el advenimiento de la República. Y pasados no pocos años de estas fugaces aventuras, pregunto á los historiadores arábigos ó manchegos: «¿La hermosísima *Marsellesa*, se ha casado con un príncipe ó con un gañán?»

B. PÉREZ GALDÓS



El encuentro de Don Quijote y Sancho con Dulcinea
Obra de un pintor inglés

EPOPEYA DE ORIENTE
LA RUTA DEL VENCEDOR

Como avalancha destructora que sigue itinerario sin fin, las victoriosas huestes austroalemanas, tras liberar la Galitzia, apresaron la Polonia y siguen amenazando las provincias bálticas y aún el rumbo de la populosa capital del imperio de los Zares.

Clarines de guerra llaman á las puertas de pacíficas ciudades, que trocaron inquietudes de lucha, en silencio de esclavas y su aciaga suerte las depara la tristeza de verse invadidas y dominadas.

Cuando las guerreras huestes adversarias se aproximan á la población, millares de personas han abandonado sus hogares y con el terror por guía han buscado pacífico nido en el interior del vasto imperio, á donde estiman que no llegarán los soldados del Kaiser; y mientras los refinados habitantes de la ciudad buscan lejano refugio, los rudos vecinos de las aldeas hallan momentáneo cobijo en la ciudad, invadiendo las casas y destruyendo los ajuares.

Así fué abandonada Varsovia, así lo serán Riga y Vilna, nuevas víctimas de este éxodo guerrero.

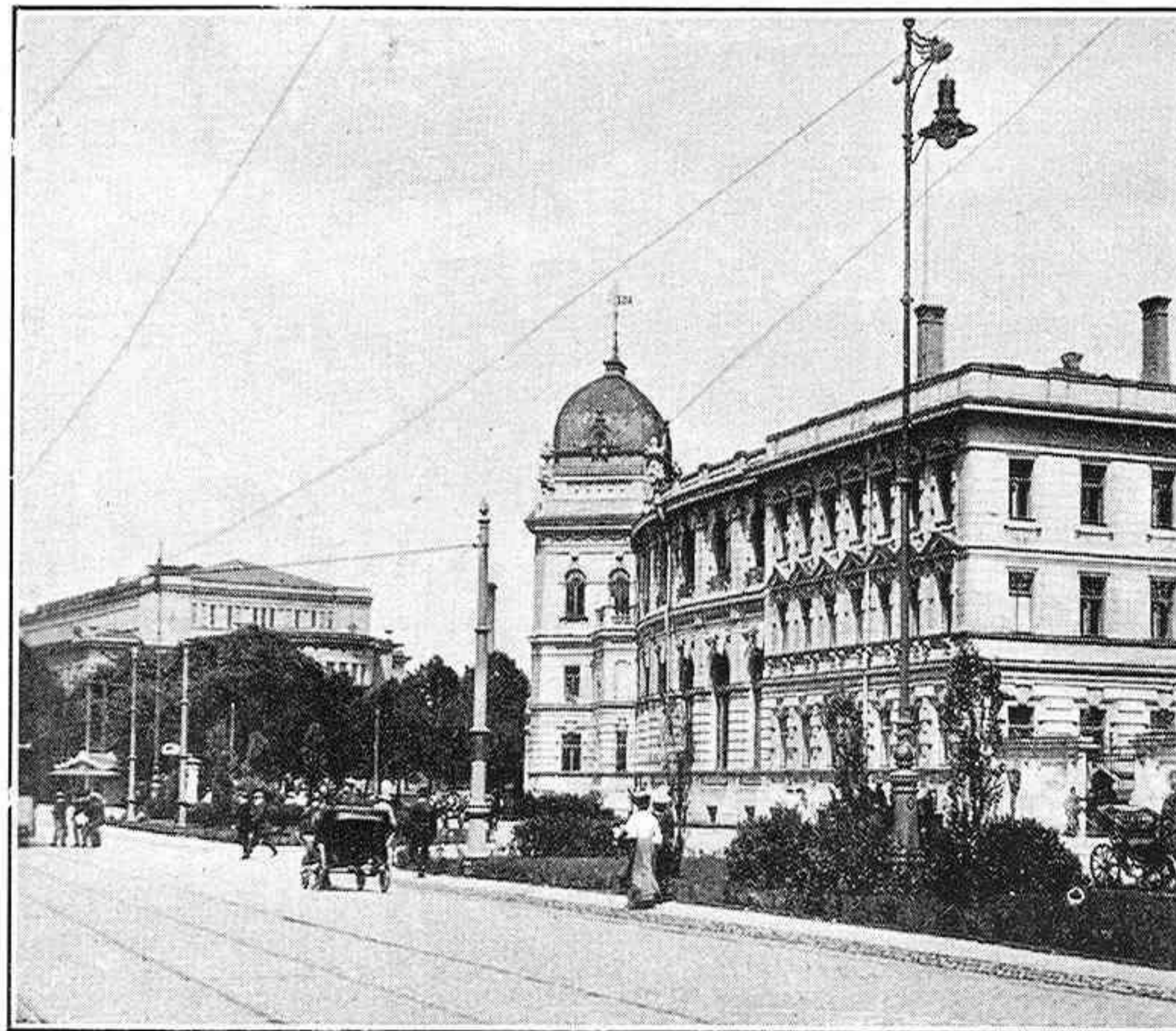
Cuentan, los que presenciaron el sentido adiós de los varsovianos á su infortunado pueblo, que el fuego, con lenguas de llama, hizo presa en cuanto pudiera ser útil al enemigo y no hallara fácil transporte: la maquinaria y los elementos diversos de la industria ardían en sus trozos de madera, retorcián al rojo sus barras y planchas. Todas las fábricas quedaron desmanteladas; de vez en vez el ruido de una explosión de dinamita anunciaba la destrucción de material intransportable.

En las oficinas, en los Bancos, en las Centrales de telégrafos, todo el mundo se ocupaba en destruir, y á lo largo de las calles no se veían más que interminables columnas de camiones y vehículos de todo género, cargados de objetos, para atravesar los puentes del Vístula.

Las puertas de las iglesias se hallaban abiertas de par en par y llenas de una multitud de fieles, que lloraban y rezaban ante el terror de lo desconocido y ante el paroxismo de su impotencia.

De los altos campanarios se hacían bajar las campanas de bronce, para que el enemigo no se adueñase de este preciso elemento de guerra, del que tan necesitado está.

Tranvías y coches públicos cesaron presta-



Riga.—Boulevard del Teatro

mente en su servicio; la ciudad quedó á oscuras; policías y soldados recorrieron tiendas y talleres, por si quedaba cobre, para si se olvidaba en la fuga algo que fuera útil al enemigo.

Los periódicos locales se despidieron de sus habituales lectores con sinceros acentos de dolor, y, una vez hecha su última tirada, máquinas y linotipias se destruyeron; las redes telegráfica y telefónica replegaron sus hilos; las cosechas se destruían, sino podían ser transportadas.

Objetos preciosos, alhajas é iconos, eran transportados al otro lado del Vístula, para seguir lejos, muy lejos, en ruta desconocida, en el itinerario del misterio y del pánico.

¡La guerra es tan dura, tan cruel, tan brutalmente inhumana!

Los puentes fueron minados oportunamente y, en el momento convenido, volaron en fragmentos y quedó rota la comunicación entre ambas orillas.

Las máquinas elevadoras de agua y las bombas distribuidoras quedaron deshechas. El agua faltará á los invasores, faltará á los que prefirieron un pedazo de pan negro en el terruño que

los vió nacer á caminar sin fin en busca de una paz ilusoria, de una tranquilidad que turbará el recuerdo del pasado y el temor del porvenir.

Todo se encareció y corolario de tanta destrucción fué el hambre.

Tuvieron los rusos ciega confianza en que su territorio sólo de frente puede ser atacado y que sus líneas sucesivas de resistencia hacen muy difícil, ya que no imposible, llegar al corazón de un país de clima y topografía excepcionales, y en demostración de su aserto cuentan el fracaso de los victoriosos ejércitos napoleónicos en el apogeo de su poder; pero han cambiado mucho los tiempos y no es Moscou el objetivo de las huestes aguerridas de Hindenburg y Mackensen; no son estepas despobladas las que recorren los ejércitos invasores, antes al contrario, en su itinerario triunfal hallan grandes ciudades fabriles, grandes pueblos industriales, centros poderosos de vías férreas, como Vilna, puertos de espléndida riqueza, como Riga, y tras la acción estratégica, ruda, enérgica, decisiva, sigue la labor política de atracción, al imperio confederado del Kaiser, de las provincias bálticas, cuyo esclavismo no tiene raigambres profundos en la vieja Polonia; promesas de libertad, esperanzas de auto-

nomía, la ansiada independendencia, en flamante reino libre del dogal aprisionador y de las cadenas de la esclavitud.

Los cañones de Varsovia, Lonza, Ostrolenka, Rosham, Pultusk, antes, ahora los de Riga y Vilna, y los de tantos otros pueblos, grandes y chicos, escapan velozes perseguidos por grandes masas de caballería, que, inactivas en Occidente, hallan aquí compensación á su empleo, y rápidas, audaces, prosiguen quebrantando á un enemigo que pelea con abnegado heroísmo y sólo cede el terreno, que es suyo, ante el empuje irresistible de la ciencia y del número.

Y esta persecución semeja proseguir más allá del Bug, y quién sabe si la populosa Petrogrado tendrá que imitar el ejemplo de Varsovia y entregarse sin alhajas ni preseas al insaciable enemigo, que no halla freno á su bélico poder.

Riga y Vilna esperan pacientes su sacrificio por la Patria en peligro y á sus puertas llegan ya los clarines de guerra de los victoriosos adversarios. ¡Triste dominio el de la fuerza!

AURELIO MATILLA



Vilna.—Puerta de la Catedral



Vilna.—Fachada lateral de la Catedral

FOTS. VIDAL



LA MUSA DE LOS JARDINES



Las trenzas de Elisa

*¡Qué hermoso pelo tiene!
¿Quién se lo peinará?
—Me lo peina mi amante
con peine de cristal.*

¡Oh, las trenzas rubias, mágico tesoro!
¿En qué altar de amores servísteis de ofrenda?
¿A qué frente dísteis vuestro nimbo de oro,
de oro milagroso de ingenua leyenda?
¡Oh, trenzas de Elisa, que manos de amante
peinaban con frágil peine de cristal!
Canta vuestro elogio la copla añorante
en la clara tarde vernal.

□□□

Lo cantan las fuentes, lo cantan las frondas,
lo dice la alada canción de la brisa,
todo ensalza el oro de las trenzas blondas
de los magdalénicos cabellos de Elisa.
Desgranan las niñas su cándido coro
como castas músicas de limpio cristal;
el ensueño prende su escala de oro
de cada celeste frente virginal.

*¡Qué hermoso pelo tiene!
¿Quién se lo peinará?
—Me lo peina mi amante
con peine de cristal.*

□□□

*Malbourong fué á la guerra
no sé cuándo vendrá,
si será por la Pascua
ó por la Trinidad.*

Malbourong, el galante caballero, alisa
los preciosos hilos del áureo raudal;
Malbourong repasa las trenzas de Elisa
con adamantino peine de cristal.
¡Oh, quién en las lides tu trenza tuviera,
como un amuleto, sobre el corazón,
ó sobre mi manto de armiño, fulgiera
como un prodigioso toisón.

□□□

Cantaban las vísperas las graves campanas,
daban las acacias su aroma nupcial,
Malbourong se lleva por tierras lejanas
la rosa más pura del fresco rosal.

Llorando al amante que se fué á la guerra
sus ojos, dos muertas estrellas son ya.
Llega un paje negro de remota tierra,
se llama Infortunio ¿qué males traerá?

*Malbourong fué á la guerra
no sé cuándo vendrá.
El paje negro dice:
¡Malbourong no volverá!*

□□□

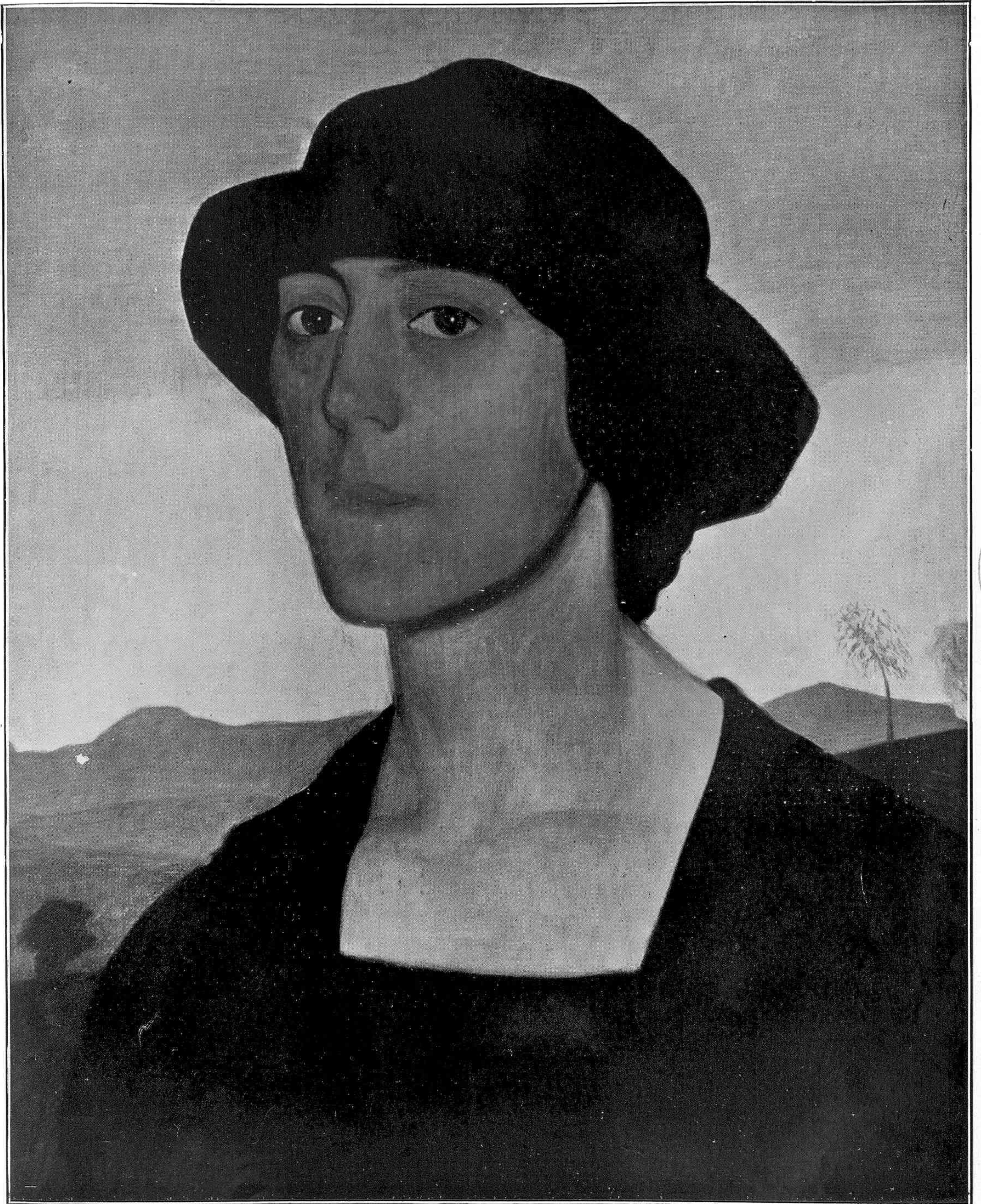
Las aladas músicas del cándido coro
á las trenzas rubias son lírica ofrenda.
¿Quién fué esta heroína de cabellos de oro,
de oro milagroso de ingenua leyenda?
Se apaga la lumbre postrera del día,
la voz del romance se pierde por fin;
de la antigua historia la melancolía
solloza en el alma del viejo jardín.

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

LA ESFERA

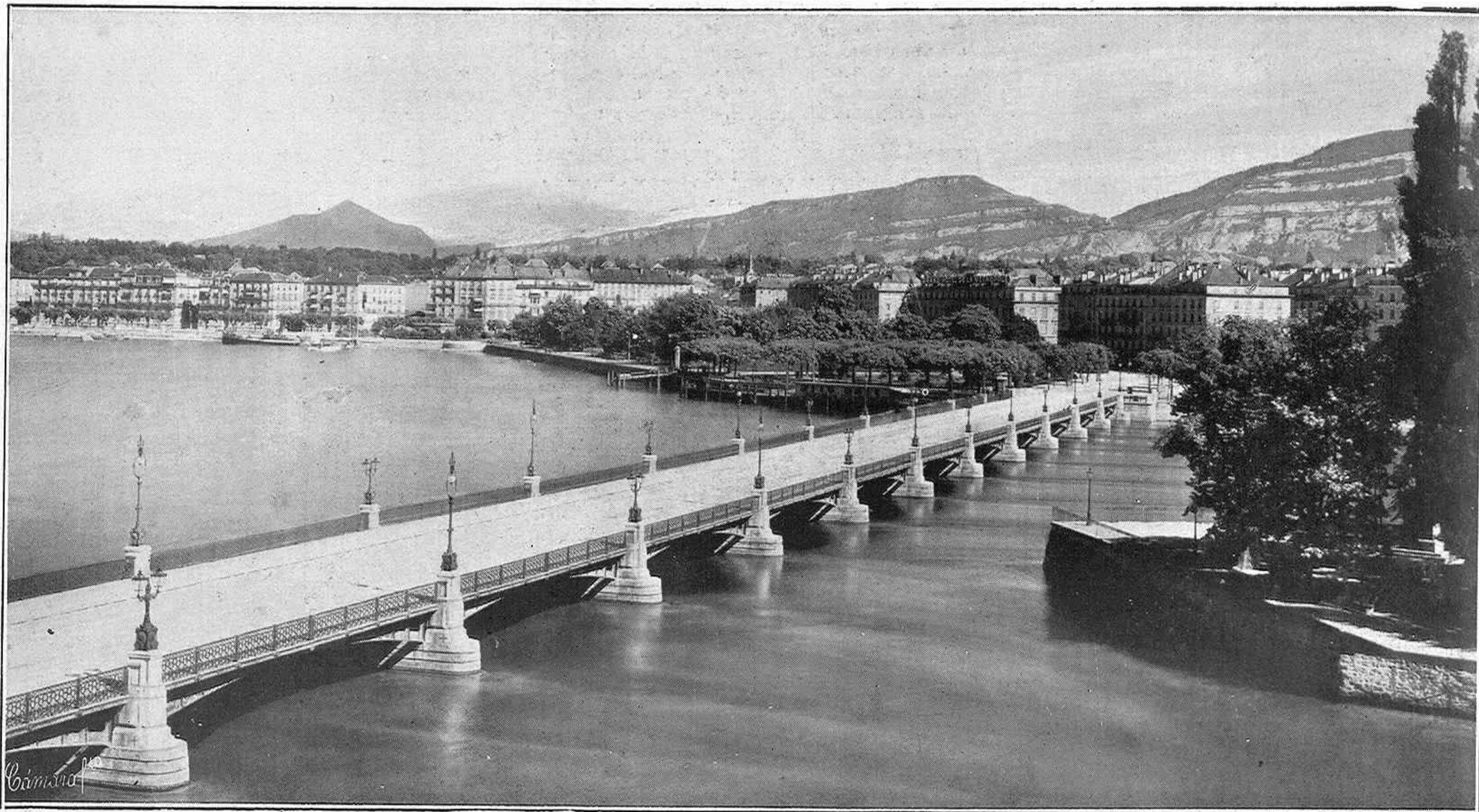
ARTE CONTEMPORÁNEO



MI HERMANA, retrato pintado por Ramón de Zubiaurre



DESDE SUIZA NUESTRO AMIGO ROUSSEAU



El puente del Mont Blanc, en Ginebra. A la izquierda, el lago Léman; á la derecha, un trozo del islote de Bergues, donde se halla el monumento á Rousseau

A principios del siglo pasado, un muchacho ginebrino, de nombre Pradier, se entretenía todas las tardes, al salir de la escuela con sus compañeros, en irse á lapidar un busto de Juan Jacobo Rousseau, que había en un jardín. A veces sus proyectiles hacían blanco; á veces no. En cierta ocasión, una piedra, mejor dirigida, chocó contra la cabeza del filósofo y le quitó la nariz; la concurrencia infantil rió, batió palmas; este fué el primer éxito de Jaime Pradier. A poco, el chiquillo comenzó á mostrar disposiciones extraordinarias para la escultura, fué á Roma pensionado, estuvo luego en París, donde hizo la famosa fuente de Molière, y las estatuas de Lille y Estrasburgo, en la plaza de la Concordia, y á su regreso á la ciudad natal fué encargado de erigir un monumento á la gloria del autor de *La Nueva Eloisa*. Por donde Pradier, después de destrozar un Rousseau, hubo de hacer otro; el artista debió de ver en esta coincidencia una satisfacción debida á la ilustre sombra.

Hablando del talento y del vivir desordenado de Jaime Pradier, escribe el crítico Guimbaud:

«Del escultor, diremos que todas las mañanas salía para Atenas y se quedaba en casa de cualquiera cortesana del barrio de Europa; del hombre, podemos afirmar que todas las noches resolvía comportarse como un héroe corneliano, no obstante lo cual, á la mañana siguiente recobraba el traje y las costumbres de un aventurero á lo Lovelace.»

Aproximadamente lo mismo puede contarse del solitario de Les Charmettes, una de las figuras-cumbres del siglo XVIII; espíritu comprensivo y revolucionario, imaginación ardiente, maravilloso del verbo que, á despecho de su mayor hondura de pensamiento, sabe disputarle al retórico Chateaubriand la adoración de las mujeres y de la juventud.

En Juan Jacobo las leyes de la herencia se cumplieron puntualmente.

Su padre—una de las cabezas peores de Ginebra—fué relojero y profesor de baile. ¿No es cierto que hay entre la templanza y regularidad de costumbres anejas, al parecer, al primer oficio, y el alboroto y desorden consiguientes, acaso al

segundo, una contradicción palmaria?... Su madre, tampoco llegó á distinguirse por su honestidad. Su hermano, ocho ó nueve años mayor que él, arrastró asimismo una vida tempestuosa, huyó de Ginebra, esquivando andar en tratos con la justicia, y murió obscuramente.

Fué Juan Jacobo Rousseau enamorado, indócil y vagabundo; pero, al lado de estos rasgos que caracterizan al hombre, aparece el filósofo de talento enciclopédico, austero y firme, repasado, ponderado. Lo que quizás signifique que en la complejión de su carácter su progenitor influyó dos veces: como relojero, en el equilibrio de su pensamiento, y en su vida, como maestro de baile.

La mayoría de los hombres empiezan á conocer el mundo por los libros. Rousseau siguió el procedimiento contrario; primero vivió la intensa vida de la necesidad y del dolor, y así, cuando empezó á leer, la lectura, más que de verdadera enseñanza, le sirvió para evocar ó rememorar algo ya minuciosamente estudiado.

A los diez años, Juan Jacobo, abandonado de los suyos, se vió obligado á ganarse el pan. Dos años después entraba al servicio del notario Mr. Masseron, quien á poco le despedía, asegurando que aquel chiquillo díscolo, holgazán y taciturno «nunca pasaría de ser un asno»; palabras proféticas que el autor del *Contrato social*, poco caritativo con su antiguo amo, tuvo el humorismo de eternizar en sus *Confesiones*. Acababa de cumplir dieciséis años, cuando un atardecer, tras un buen día de sol, pasado en el campo, encontró cerradas las puertas de la ciudad. Ante aquel obstáculo, su ánimo andariego, lejos de indignarse, se alzó de hombros. ¿Qué razón le obligaba á vivir en Ginebra? Ninguna. ¿Quién le esperaba allí? Nadie. Miró á su alrededor; á un lado, los viejos muros de la plaza, adustos, negros, opresivos, envueltos en una emoción de esclavitud y de fuerza; y al otro, la campiña libérrima, los árboles hospitalarios, cuyas hojas siempre tienen algo que decirnos, el camino que se aleja, blanco, ondulado, lleno de paz y de luna...

Y Juan Jacobo echó á andar, feliz de sentirse

solo y sin casa. De este modo dejó su patria y llegó á tierras de Saboya, donde un cura le puso en relaciones con aquella Mme. de Warens, inteligente, buena y frágil, que tanto había de influir en su historia. Juan Jacobo la amó y, sin conciencia exacta de lo que hacía, únicamente por complacer á su protectora, renunció al protestantismo. La ceremonia celebróse en Turín y las personas que asistieron á ella le regalaron veinte francos, con los cuales vivió mucho tiempo. Cuando se quedó sin dinero aceptó el cariño—y con el cariño la mesa—de una Mme. Basile.

La mujer aparece ligada íntimamente á toda la labor del poderoso filósofo ginebrino. Su historia sentimental es larga y contiene capítulos para todos los gustos. Obligado á vivir entre el hambre, por su pobreza, mientras su jerarquía intelectual y su creciente prestigio le abrían los salones de la aristocracia, sus gustos bordoneros, como sus pies, iban indistintamente de lo más selecto á lo ínfimo. Nunca supo ser un procer del amor; diríase que el recuerdo de sus aventuras juveniles, en mesones y posadas, persistía en él, y así, alternando con Mme. de Warens, Mercet, la doncella de Mme. de Varens; y al lado de Mme. Dunin, ó de Mme. Graffenried, ó de madame D'Espinay, Teresa Levasseur, la criada del hotel San Quintín, en París...

Influenciado, principalmente, por las enseñanzas de Montaigne y de Locke, su labor, dentro de la gigantesca empresa renovadora de La Enciclopedia, adquiere relieves inconfundibles. Fué amigo de Coudillac, el otro gran jefe de la escuela sensualista; de D'Holbach, de Diderot, de Voltaire, de D'Alambert, de Grimm.

Diderot, el poliforme Diderot, el espíritu más vario, activo y caudaloso de aquella época, le escribía:

«Usted es malo; ninguna persona que, como usted, vive sola, puede ser buena.»

Los años postreros de Juan Jacobo fueron, efectivamente, de hipocondría y riguroso aislamiento: quisquilloso, desconfiado, celoso, á pesar de su mucha gloria, de la boga ajena, ni tenía amigos, ni visitaba á nadie. Cansado de va-

gabundear, se enclaustró en Ermenonville, donde, para afirmar, con el ejemplo, aquella simplicidad de costumbres que tanto había predicado, redujo sus gastos á dos francos diarios, asegurando que no debe emplearse mayor suma en vivir. Allí corrigió las últimas ediciones de sus obras y compuso sus *Confesiones*, que no debían publicarse hasta sesenta años después de su muerte. Allí, en fin, tranquilamente, dulcemente, se cerraron sus ojos ante la gran sombra.

Mme. D'Espinay, que le quiso siempre, á pesar de su vejez y de su bilis, le escribió este epítafio mediocre:

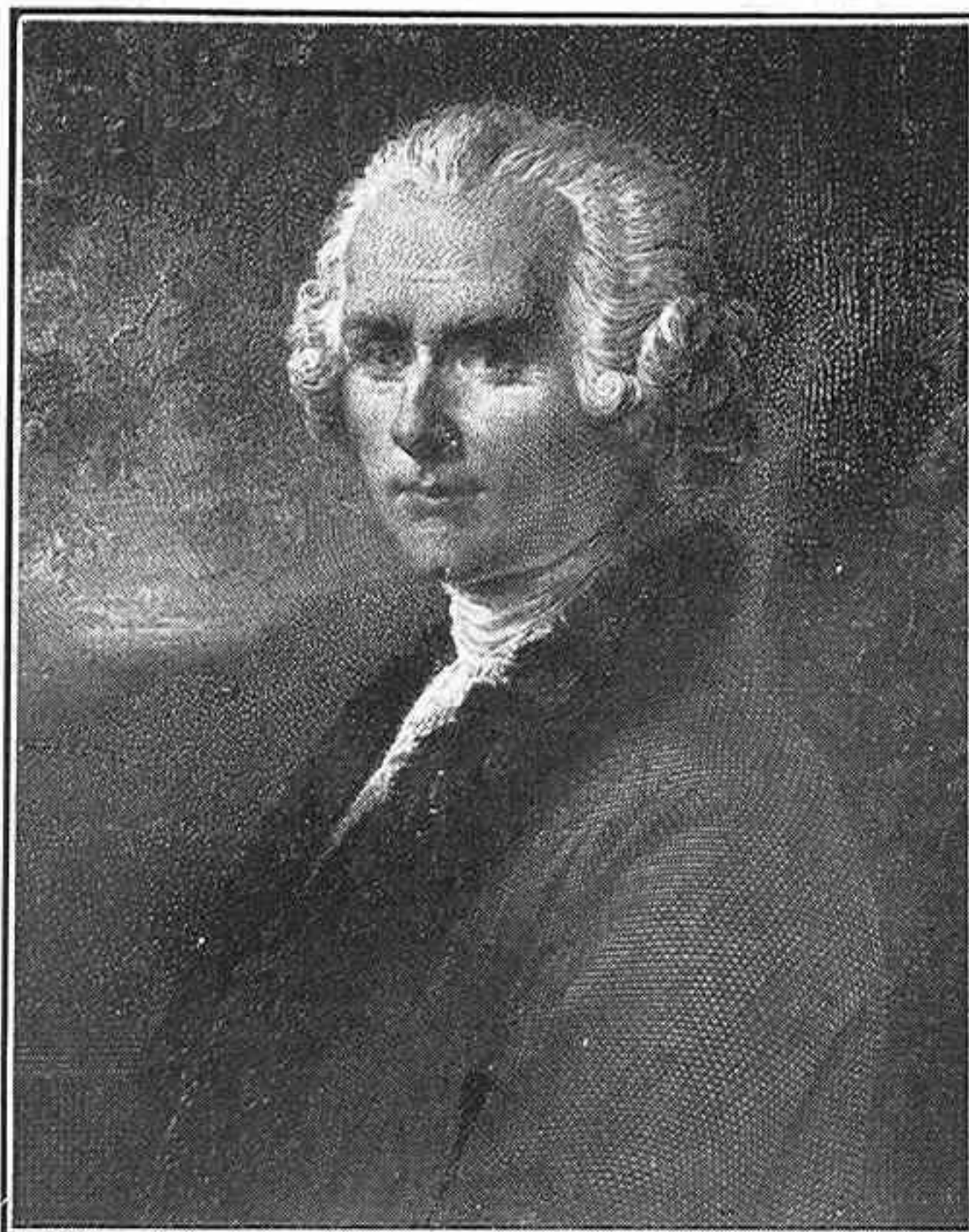
«O toi dont les brûlants récits
furent créés dans cet humble Ermitage.
Rousseau, plus éloquent que sage,
pourquoi quittes-tu mon pays?
Toi-même avais choisi ma retraite paisible;
je t'offris le bonheur, et tu l'as dédaigné;
mais qu'ai-je à retracer à mon âme sensible?
Je te vois, je te lis, et tout est pardonné.»

El alma de la mujer enamorada se descubre, llena de maternal ternura, en la sencillez del último verso:

«Te miro, te leo y todo queda perdonado.»

Este extraño poder de atracción que perfuma la obra de Juan Jacobo, lo hemos sentido todos. Es el filósofo favorito de la juventud, porque es el más poeta de los filósofos. Sus predicaciones, orientando las conciencias hacia la libertad, contribuyeron á desencadenar la Revolución, y el romanticismo bebió en sus libros el secreto mágico de su vehemencia. El hondo sentimiento filantrópico de su *Contrato social*; el ardor mozo que late en las páginas de *Emilio* y de *Julia ó la Nueva Eloisa*; la fuerza descriptiva, unida á la caliente emoción panteísta, que exalta los capítulos de *Meditaciones de un paseante solitario*; las *Confesiones*, en fin, son obras con las cuales el lector, seguramente, se ha acompañado muchas veces; porque Rousseau no es de esos maestros «pasados de moda», valga la frase, que estudiamos por curiosidad ó *snobismo*; tampoco acudimos á él para aprender; antes lo

leemos y releemos muchas veces—lo mismo en la mañana que en el medio día de nuestra vida—por recreo y deleite; su alma esperanzada y taciturna, pintorescamente contradictoria, pero siempre impetuosa, nos habla familiarmente. En



JUAN JACOBO ROUSSEAU
De un grabado de la época, existente en la Biblioteca Nacional

la juventud, Rousseau es para nosotros lo que para Dante la sombra de Virgilio: un heraldo, un guía; y luego, en la plenitud de nuestra edad, el comentarista de lo que hemos vivido. El, discutiendo acerca de todo y narrando su historia, pone apostillas á la nuestra, mejor que nosotros

pudiéramos hacerlo. Todos nuestros amores, nuestras zozobras, nuestros éxitos, le son familiares. Juan Jacobo Rousseau, como la mayoría de los clásicos, es «un amigo».

Jaime Pradier colocó al filósofo en el islote de Bergues, en medio del Ródano. Imposible hallar paraje más bello, más dulce, más poético, ni, de consiguiente, más adecuado para honrar la memoria de aquel en quien el amor á la naturaleza resucitó con ardores redoblados de paganía. Juan Jacobo aparece sentado y envuelto en la majestad de una toga casi romana, un manojo de cuartillas en la mano izquierda y una pluma en la otra, cual si fuese á escribir una frase. «El Rousseau», de Pradier, no es aquel barbilindo que tentó la débil virtud de Mme. de Warens, sino un Rousseau feo y viejo, un Rousseau glorioso, de mente tenaz y frente pensativa. El filósofo se halla mirando hacia el puente del Mont-Blanc, bajo cuyos arcos el Ródano consigue escaparse del lago Léman y reanudar su curso violento.

A sus pies, contra el islote de Bergues, que ofrece en aquella parte la forma del tajamar de un buque, las aguas del río se destrizan espumeantes. Rousseau las ve llegar, irse..., y en sus ojos parece encenderse el recuerdo de aquella noche en que encontró cerradas las puertas de Ginebra, y el camino que llevaba á Saboya le arrastó como un río...

¡Ah! Es allí, en los bancos del islote de Bergues, donde la lectura de las obras de Juan Jacobo sería más grata; bajo la bóveda verde de los castaños centenarios que sombrean el monumento, y á través de cuya fronda se filtra delicadamente la lluvia de oro del sol; mientras, la brisa remueve las hojas, y el río, imagen del tiempo, se lleva la vida.

El alma de Rousseau se halla desleída en su ciudad natal; en Ginebra, la tranquila, la bucólica, la dulce, suspendida, como una ave blanca, entre las dos inmensidades azules del cielo y del lago.

EDUARDO ZAMACOIS

Berna, Julio



La estatua de Rousseau, emplazada en el islote de Bergues, obra del escultor Jaime Pradier



LO QUE FUÉ
APLAUSOS Y SILBIDOS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Más ruido que algunas personas principales metió el perro Paco, en la primavera del 82. Tratábase de un animalito dado al buero, dispuesto á vivir de gorra y divertido como ciertos seres de razón, que emplean la suya en descansar sobre el esfuerzo ajeno. Paco, el perro, se hizo famoso y tuvo una muerte trágica. Acaso le mató la envidia, y no la de otros perros, sino la de algún hombre; pues la raza canina no sufre la pasión vergonzosa, que consiste en dolerse de la alegría de los demás. Eso se queda para la raza humana.

En el Senado enseñaron entonces *La rendición de Granada*, que Pradilla, su autor, entregó á la Alta Cámara, y todo Madrid desfiló por delante del hermoso lienzo, mostrándose asombrado y conmovido. También produjo un gran efecto el Congreso pedagógico, celebrado con éxito felicísimo, y al que puso remate un discurso dicho por Castelar en el Paraninfo de la Universidad.

Los maestros de escuela aclamaron al orador insigne, que tuvo párrafos hermosísimos, de esos que se leen ahora con emoción, digan lo que quieran los cuatro mentecatos que al referirse al inmortal tribuno hacen mohines de indiferencia.

Fué aquel período interesante para la cultura nacional. Se puso la primera piedra de un proyectado edificio que había de alojar á la Institución libre de Enseñanza. Vicisitudes, que no es del caso referir, hicieron que la casa, antes de concluirse, cambiase su destino por el actual, que es también pedagógico. Se inauguró la Sociedad Española de Higiene. Su presidente, Méndez Alvaro, un ilustre y venerable escritor médico, leyó un magnífico discurso, notable, como el del Secretario, doctor Cortezo, que era entonces joven, pero tan justamente famoso como ahora.

Presidió el acto el Rey, terminándole con una magnífica improvisación, en la que, aludiendo al tema tratado por Méndez Alvaro, *La higiene en Madrid*, expuso ideas muy oportunas, en párrafos de selecta construcción. No me cansaré de repetirlo. El Rey D. Alfonso XII era un orador admirable.

Los bienes materiales, como los del espíritu, se acrecían en nuestra nación al mediar aquel año á que aludo. Era cuando empezaba á regir el tratado con Francia, que tantos beneficios produjo á nuestra agricultura. La política, á pesar de que los liberales llevaban poco tiempo de poder, sintió grandes inquietudes. Por de pronto hasta dió motivo á encrespamientos en entidades ajenas á sus luchas. En la Academia de Jurisprudencia lucharon dos candidatos para presidente. Romero Robledo y Moret. Triunfó el

primero, que luego conseguía para la docta Sociedad el título de Real, y á la vez que él vencieron, como Vicepresidente, D. Antonio Maura, y como Secretario, Pérez Caballero, el ex-ministro, y Enrique García Alonso, un joven malogrado cuando empezaba á dar señales inequívocas de su gran valer.

Durante el verano, todo se nos volvió comentar, en los jardines del Buen Retiro, el ataque de

ca, del que se contaban verdaderas leyendas para referir lo cuantioso de su fortuna y el modo de reunirlos.

Los teatros despidieron al año 1882 con varios sucesos. Quedó suprimida la clase de revendedores de billetes, porque eso sí, los revendedores de billetes fueron siempre mucho más acasados que los de pan. ¡Así somos! Además, se adoptaron medidas para que los locales destinados á espectáculos no fuesen peligrosos en caso de siniestros. Pusieron telones metálicos, abrieron puertas supletorias... y poco á poco todo fué quedando igual que ahora está.

¡Pidamos á Dios que no haya incendios, sobre todo en algunos coliseos! Además de las obras de cerrajería y albanilería ya consignadas, hubo otras cómicas y dramáticas, dignas de recuerdo. Se estrenó *La mascota*, que, desde entonces á acá, ha producido una verdadera fortuna. Se estrenó también *Bocaccio*, en español, otro premio mayor en la lotería: D. José Echeagaray obtuvo un gran éxito con su drama *Conflicto entre dos deberes*. En el segundo acto, al decir Rafael Calvo *ni se ha hundido el firmamento ni han temblado las esferas*, el público, entusiasmado, pidió que se presentara el autor, y luego que se repitiese la escena.

Por cierto que Calvo se puso furioso por lo de repetir la escena, después de haberla interrumpido en el momento culminante.

FOT. AMADOR



EL CONDE DE LAS ALMENAS

Inglaterra contra Egipto, y, á pesar de los pronósticos, los ejércitos británicos, después de bombardear á Alejandría, quedaron vencedores y dueños del hermoso territorio, que de entonces á acá se ha engrandecido maravillosamente.

También hablamos mucho de la formación de la izquierda dinástica, que, con el duque de la Torre al frente, exigía á Sagasta la acentuación liberal de su gobierno. Después de cabildos, conferencias, idas y vueltas, se formó el gran partido, uniéndose á Serrano, Martos, Moret y los elementos que le seguían, en su mayor parte procedentes del campo republicano. Al finalizar el año, libróse el duelo parlamentario, en que intervinieron Cánovas, Sagasta, Moret, Martos, Castelar. Entre tanto, los republicanos aplaudían á Salmerón, que regresaba del destierro para recuperar su Cátedra, y el ministerio se tambaleaba. El conde de las Almenas, el ilustre prócer que había escrito, para sus amigos, *Veinte años en el poder*, tenía ociosa la pluma, quizás seguro de que no hacía falta ningún folleto para que fuese breve la existencia de la situación presidida por Sagasta.

La gente se divertía cuanto le era posible. En las fiestas de San Fermín, de aquel año, se reunieron en Pamplona, para actuar á la vez en los conciertos, Sarasate, Gayarre y Chapí. ¿Qué tres artistas españoles elegiríamos ahora para una fiesta análoga? En Madrid se popularizaba el nombre del capitán Mayet, que subía en un globo, desde los jardines del Retiro, siempre acompañado por algún aficionado, á escalar las alturas. Una tarde, por librar del riesgo á un acompañante, el infeliz aeronauta se esrelló en las losas de la calle de la Magdalena. También logró fama un andarín aragonés, llamado Bielsa, que luchaba con otro extranjero, Bargossi. En alguna tarde de competencia estuvieron á punto de romperse nuestras buenas relaciones con el país amigo, por reclamar la victoria para el corredor de nuestra tierra.

Dos médicos muy nombrados pasaron á mejor vida por aquel tiempo: el marqués de San Gregorio, que era presidente de la Real Cámara, y el Dr. Velasco, el simpático y romántico creador del Museo antropológico, de quien ya hablé al comenzar estas Memorias. También murió el duque de Santofña, el ricachón de la época,

También se reveló un dramaturgo nuevo, que ya es un señor académico, D. Pedro de Novo y Colson, que fué muy aplaudido en Apolo, por su obra *Vasco Nuño de Balboa*, interpretada por Elisa Méndez Tenorio y Vico. Por cierto que antes de este acontecimiento dichoso, hubo en el mismo teatro uno catastrófico, como se diría ahora.

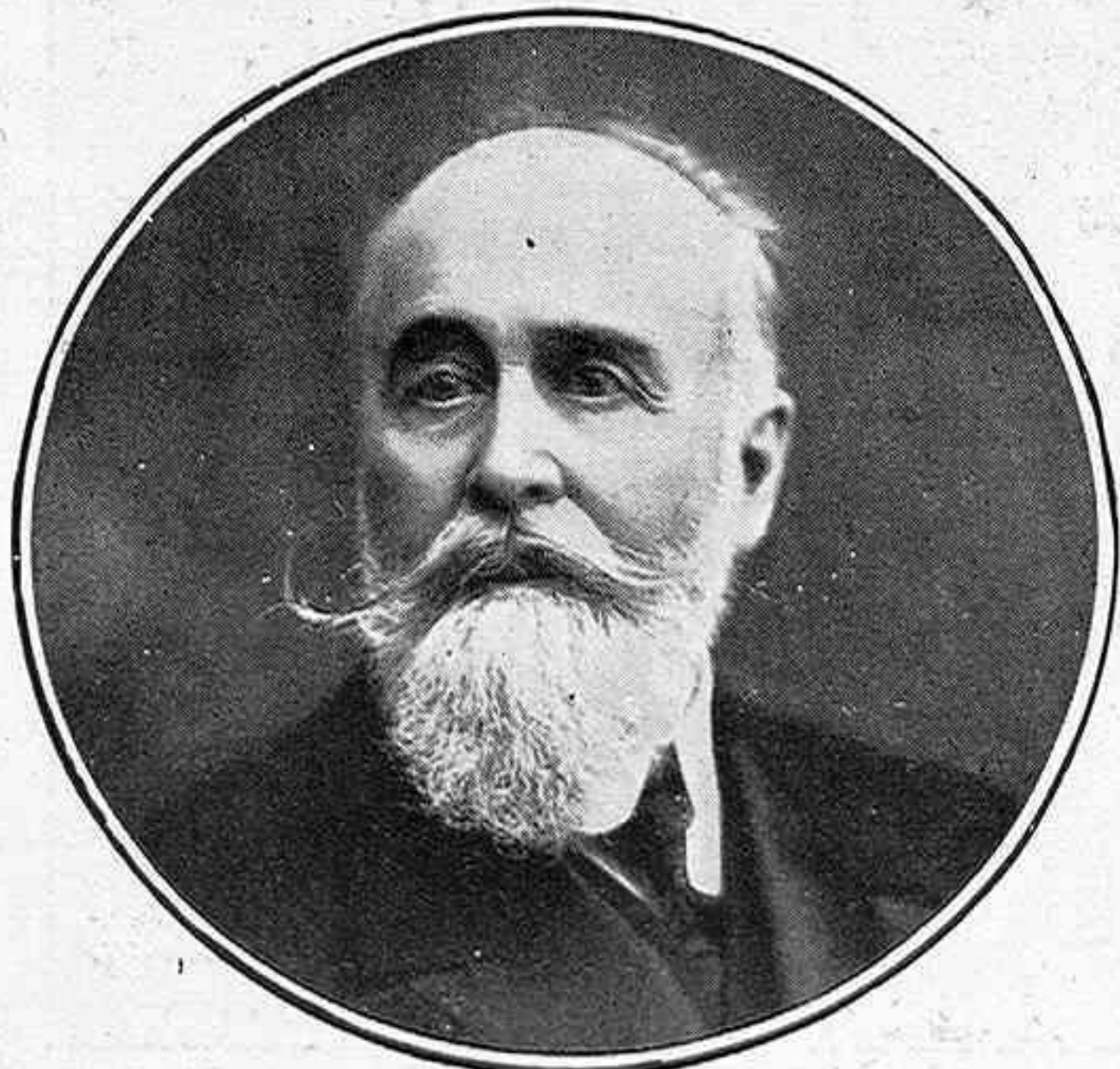
Se representó un drama titulado *El círculo de hierro*. La Empresa viose obligada á ello por altas influencias, y desde que se levantó el telón en el primer acto, hasta el final del tercero, no cesaron los clamores del público, y no para aplaudir precisamente. El frenesí alcanzó el momento más ruidoso en una relación que empezaba del siguiente modo:

Aún el pensarlo me agobia.
 Una noche le maté
 en la calle de Segovia.

Y por milagro no mató la concurrencia al actor que decía los renglones cortos que he copiado.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



SEGISMUNDO MORET



PEDRO NOVO Y COLSON

UNA NOVIA EXTRANJERA

He ahí un milagro verdaderamente difícil y maravilloso. Una novia aureolada con las gasas virginales, la guirnalda de azahar en los cabellos, y que, sin embargo, seduce por su distinción. Prodigio inverosímil, como el de alcanzar que una tarde dominguera se redima de su plebeyismo. Es tradicional el error de creer que las mujeres embellecen con la mantilla de encajes, el mantón de Manila, el velo de las desposadas.

Solo las damas aristocráticas, por su hermosura fina y personal, pueden resistir aquellos adornos tan solemnes. La mayoría de las disfrazadas pensaban en Goya y quedaron fijas en el objetivo fotográfico de un artista provinciano y especialista en composiciones de gran fantasía.

La novia que admiramos hoy ha sabido posarse en todos los riesgos burgueses, y no se contagió de ninguna de las vulgaridades clásicas, porque tiene un espíritu encantador, como las palomas sus alas. ¡Una novia extranjera! No parece una novia. Mejor dicho, las novias españolas son las que no lo parecen.

Quizás dependa el absurdo de heredadas condiciones étnicas.

Por ejemplo; en nuestra bendita tierra se suspira por la hembra pechugona y con el pie de piñón. ¿Cómo acordar la neblina de los tules con la opulencia carnal?

No es lo mismo el sacrificio de una golondrina que el de un carnero de rifa. La liturgia y el sacerdote suelen variar también. Pero la causa del enorme prosaísmo de nuestros cortejos nupciales se halla en el concepto nacional sobre el matrimonio.

Los muchachos que llamamos *bien*, aspiran a tomar carrerita y carrera universitaria, y luego descansar en una plaza por oposición.

Al cabo del tiempo, otro esfuerzo y reposar ya, definitivamente, en la boda. Aquí el soltero que casa despídese de las ilusiones de engrandecimiento intelectual y social. Es como si un torero se corta la coleta. El señorito ruidoso de ayer renuncia a sus ideales de la ropa y del calzado, el abono a los toros, y así al estilo. Más tarde, tal vez llegará un día a privarse de alimentos necesarios, ya que el sueldo no alcanza a mantener al padre y a los hijos. ¿Comprendéis la modorra que se adivina en el fondo de una ceremonia nupcial? Y la novia no siente, al casarse, la afirmación de su antes indecisa personalidad. No piensa en que ya va a vivir por cuenta suya, sino

en que ya aseguró la vida por cuenta de otro, del marido, y la doncella que se enamoró del más audaz de sus pretendientes, ha de convertirse en el consejero de la prudencia, en el descorsetado y ajamonado ángel que vela porque el esposo no se subleve nunca contra nada, desde la dureza de los garbanzos a la descortesía del jefe del Negociado.

El sueño dorado de doña Perpetua consiste en transformarse en la diosa del Cupón. ¿Y todavía queréis que una desposada, con sus velos, inspire poemas? El de otra juventud desvanecida como tantas. La mayoría de las novias semejan amortajadas. De ahí que el traje les vaya grotesca, horriblemente. Y no olvidemos los ya mencionados obstáculos étnicos para el hallazgo de una Ofelia en nuestro país.

Claro que las Ofelias existen y cada día florecen más. El matrimonio no siempre significa la somnolencia a perpetuidad. Por el contrario, los espíritus ávidos buscan su complemento en las alumnas ansiosas, y tales connubios equivalen a la iniciación en los deberes y las responsabilidades del hombre con su origen, su tiempo y el porvenir. Aparte la misión más o menos calificada, las alianzas de esta índole no suspenden sus placeres y estudios al pie del altar. Ya comienzan a encontrarse en España matrimonios nuevos que estudian idiomas, que viajan, que colaboran en una labor social. Y las mujeres que no se prepararon para llegar a ser la amiga del marido, no vayan a lamentarse de la desertión de los hombres cultos y nobles. Se atraviesa en España una crisis del matrimonio. Y es curioso que en la desbandada general continúen en su puesto, más aún, hayan roto su tradición de no casarse, los hombres de ciencia, los artistas y los intelectuales. Pero se ayuntan con mujeres extranjeras—podría citar casos de verdadero relieve—o con españolas extranjerizadas. Es decir, que innegablemente una inteligencia y una sensibilidad refinadas requieren la ayuda de la compañera. Y la vanguardia masculina busca su bien más allá de las fronteras. En la moderna juventud sólo conozco el caso excepcional de un profesor, profesor en el sentido nuevo de la palabra, que, después de largos viajes, se haya casado con una paisana suya, porque sabe freír los huevos a la moda del heredado gusto provinciano. Sería cosa de invitar al joven filósofo a que escribiera un ensayo titulado: *La felicidad en una sartén.*

Federico GARCÍA SANCH'Z



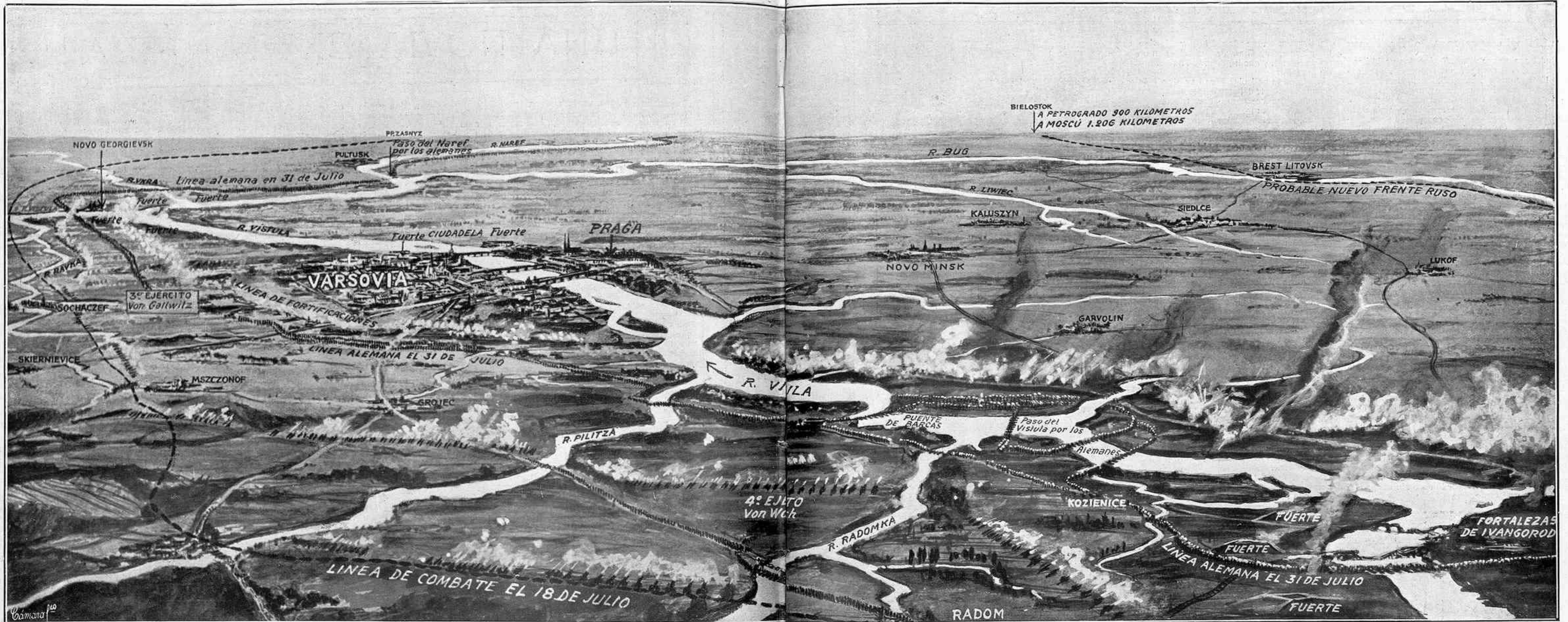
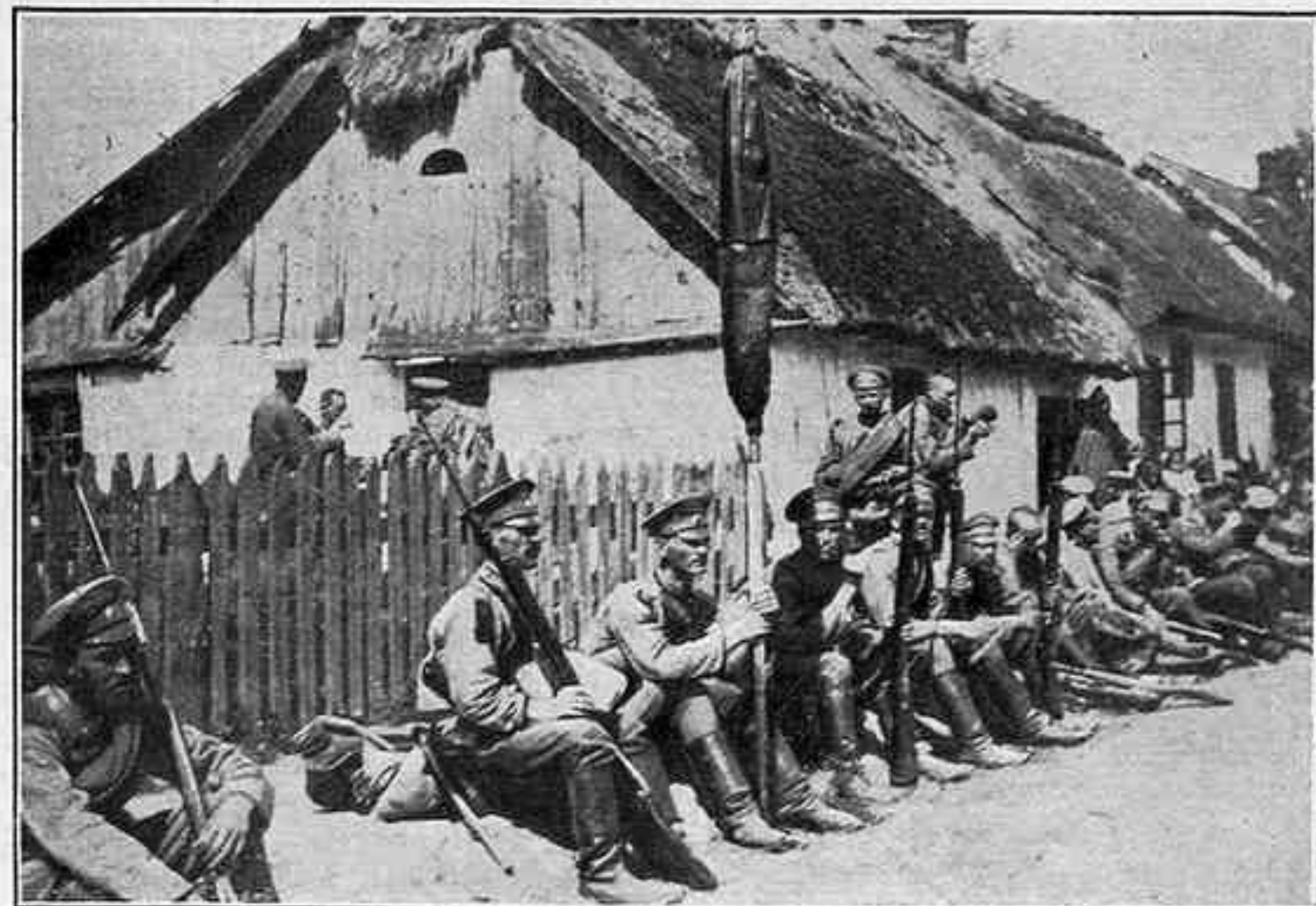


GRÁFICO DEL AVANCE DE LOS EJÉRCITOS AUSTRO-ALEMANES EN LA POLONIA RUSA



Soldados rusos descansando en una aldea de Polonia, durante la retirada

Proscritos por las necesidades de la guerra moderna los objetivos geográficos, los ejércitos victoriosos buscan, en campo abierto, el coto de las huestes del adversario, su aniquilamiento, su anulación táctica.

Sin embargo, la ocupación de los pueblos, sigue siendo un factor moral del triunfo que deprime el espíritu del derrotado y eleva en el vencedor la firmeza de seguridad en la victoria. Por ello la evacuación de Varsovia supone una enorme depresión moral en los moscovitas, máxime asistiendo, respecto a la desdichada capital de Polonia, las razones de orden histórico y político, que hacían ambicionar su posesión, que ha de ser punto de apoyo en las negociaciones de la paz.

La tenaza austro-germana sigue, con grandes esfuerzos, cerrándose por Norte y Sur, para que, precipitando los movimientos de la retirada de las columnas moscovitas, sea mayor el quebranto y más rico el botín de los vencedores.

Los rusos son tenaces, inquebrantables, duros; se rehacen con brío y su repliegue es ofensivo, audaz, firme. Su jefe, el gran duque Nicolás, defiende a toda costa sus flancos y procura, con su ciencia y su valor, anular o amenguar los planes del contrario.

El núcleo más importante de sus tropas, gracias a estas luchas de flancos, llegará al Bug antes de que la tenaza se cierre, y allí, a orillas del caudalo-



Soldados rusos leyendo noticias de la guerra

so río, buscará nuevo punto de apoyo para su bizarra reacción, pues no es el caudillo moscovita de los que se avienen a los infortunios del desastre.

Ni los ataques sabios y fuertes de Hindenburg, frente a Kowno, ni las razzias bélicas de los escuadrones de Mackensen, en la derecha del Bug, hacia Brest-Litovski, quebrantan su ánimo forjado para la pelea.

Después del Bug viene la amenaza a San Petersburgo, la regia residencia de los Zares, reducto inexpugnable, adonde no llegaron con sus victoriosos ejércitos los grandes capitanes, zona virgen a las devastaciones guerreras; pero para llegar a la ruta de esa amenaza, se precisa la ocupación de Brest-Litovski, un día destruída por los suecos, en 1706, más tarde ciudad de la libre Polonia, y, por último, presa de los rusos, que vencieron a los polacos en sus inmediaciones, en 1794, y al siguiente año se adueñaron de ella, como gran parte del infortunado reino de los Estanislao.

Pertenece la codiciada ciudad al Gobierno de Grondno, es capital de distrito; tiene 48.000 habitantes, y asienta sus reales en la orilla derecha del Bug. Plaza fuerte desde 1851, fecha que marca también la época de su ensanche, en la era de paz, es cabecera de un Cuerpo de ejército.

¡Lucha de titanes, en la que nada se puede predecir!

CAPITÁN FONTIBRE



Soldados alemanes combatiendo a los rusos en una trinchera de Polonia



DE NORTE A SUR

La historia novelesca del Sr. Thaw

Fué hace nueve años. Todos los periódicos del mundo dieron cuenta del suceso y publicaron los retratos del multimillonario Harry Thaw, de su mujer Evelyn Nesbit y del arquitecto White.

En la terraza de un restaurant aristocrático, interrumpiendo bruscamente el vals vienés de la orquesta de zingaros, sonaron varios tiros. Sonidos secos, inconfundibles con los otros de los taponazos del champán. Harry Thaw había matado al arquitecto White, y cuando le sujetó la policía, Harry Thaw, como en los finales de las primeras partes de las películas melodramáticas, estaba loco.

White conoció a Evelyn Nesbit varios años antes; la sedujo y la prostituyó, lanzándola al mundo peligroso de los music-halls. Harry se enamoró de Evelyn Nesbit y la ofreció su nombre y sus millones, como una redención del pasado vergonzoso de la bailarina, que ella no le ocultó un sólo momento.

White, una vez casada Evelyn Nesbit, volvió a cortejarla. El amor que abandonó en otro tiempo tenía para él ahora el sabroso aliciente de la fruta del cercado ajeno... Y Harry Thaw salió al encuentro de la nueva felonía del arquitecto, asesinandole.

Si hubiera sido en España, no le habrían faltado a Harry Thaw los artículos calderonianos, y no hubiera necesitado volverse loco para evitar la pena de muerte.

En Nueva York son menos sentimentales. El Tribunal que juzgó a Harry Thaw podía elegir entre el sillón de las electrocuciones y la celda de un manicomio. Se eligió lo último, y mientras Evelyn Nesbit volvía a los tablados de los music-halls, para ganarse la vida con un reclamo espléndido, Harry Thaw entraba en el manicomio. He aquí, también, un conmovedor final de la segunda parte de la misma película melodramática.

Pero la familia de Harry Thaw no estaba conforme con la solución del asunto. Los millones de Thaw debían servirle de algo más que para dejarle morir en un manicomio y tercamente, tozudamente, trabajaron por la revisión del proce-

so, durante nueve años. El nuevo Jurado reconoce que Harry Thaw mató a White en un acceso de locura, y que hoy Harry Thaw ha recobrado la razón.

Termina la película. Pero hay algo más trágico que la muerte del caballero seductor de Evelyn; más doloroso que el retorno de esta mujer a la existencia, giróvaga y perversa, de los escenarios de variedades, después de conocer la felicidad. Este algo son dos retratos de Harry Thaw.

Representa el uno al multimillonario en la época del crimen; el otro es de ahora, recién salido del manicomio.

Juvenil, tranquilo, con la serena ecuanimidad de los espíritus capaces de realizar el acto de Harry Thaw, redimiendo, ennobleciendo a una mujer digna de ello, causa el primero una sensación de simpatía, de confianza efusiva.

No nueve años, sino una repentina vejez parece haber caído sobre este mismo hombre, en el segundo retrato. Tiene los cabellos grises, los ojos necesitan ampararse de cristales, un rictus de amargura le derrumba las comisuras labiales. Lejos de inspirarnos la efusiva cordialidad de otro tiempo, este hombre—si no conociéramos su historia—nos causaría una molesta sensación de inquietud, de repulsión. Nuestro egoísmo, que busca solamente las emociones gratas y los seres felices, nos apartaría de Harry Thaw.

Y, sin embargo, Harry Thaw es más digno de afecto que nunca. Este hombre sombrío, envejecido, que olvidó las risas de la cordura en las carcajadas vesánicas, merece más nuestras palabras de consuelo y el apretón hidalgo de nuestra mano que antes, cuando era el mozo sonriente, iluminado por el amor de la amada, que subió hasta él en un ademán de suprema bondad...

Fatalmente, lógicamente, Harry Thaw y Evelyn Nesbit se reunirán de nuevo. Será el suyo un abrazo melancólico, resignado, uno de esos abrazos que parecen rasgarnos el pecho para que llegue hasta las palpitaciones de nuestro corazón el otro corazón palpitante y enfermo, de tanto sufrir...

Uno de estos abrazos que la canalla de los cinematógrafos acoge con risas, con toses irónicas, con ronquidos groseros y coces contra los asientos.

Como tal vez lo acogerá la canalla de la vida, incapaz de comprender a un hombre como Harry Thaw.

El problema de la circulación

William Pheps Eno, el creador de varios sistemas para regular la circulación en las grandes ciudades, sonreirá satisfecho al ver este procedimiento que acaba de implantarse en Nueva York.

Hasta ahora no pasa de ser un intento, pero empieza a dar buenos resultados. Consiste, sencillamente, en colocar en las barriadas más populosas, varios semáforos parecidos a los que se emplean en las costas. Incluso el impermeable del encargado de manejar el aparato le da cierto carácter marítimo, que viene a justificar el tópico de la muchedumbre comparada con el mar.

Esta vez le adelantan los Estados Unidos a Inglaterra en resolver el problema de la circulación en las calles. Problema que, según dijo hace tiempo W. P. Eno, es un caso de «amor al prójimo».

«Nadie—escribió en cierta ocasión W. P. Eno—procuró, hasta ahora, mejorar seriamente la situación peligrosa de los peatones en las calles de una gran ciudad moderna. Se considera como un hecho lógico y natural que varios centenares de ellos sean sacrificados y constituyan una especie de tributo al desenvolvimiento incesante de los negocios y de los placeres aje-



El semáforo instalado en las calles de Nueva York para regularizar la circulación de carruajes
FOT. HUGELMANN

nos, verdadera fuente de la circulación, puesto que, en resumidas cuentas, la gente no se apresura más que para divertirse ó para ganar dinero.»

Estas palabras, si muy nobles, parecerá extraño que hayan hecho mella en el materialista espíritu yanqui. Ese espíritu que muchos creen sin más preocupación ni más amor que el de acumular oro.

Londres fué la primera capital que procuró normalizar la circulación. Las estadísticas dieron, como siempre, la voz de alarma. Sólo en dos sitios, y no de los más concurridos, como Willington Street y Tottenham Court Road, se contaban 200 muertos y 4.565 heridos anuales por atropellos de carruajes y tranvías...

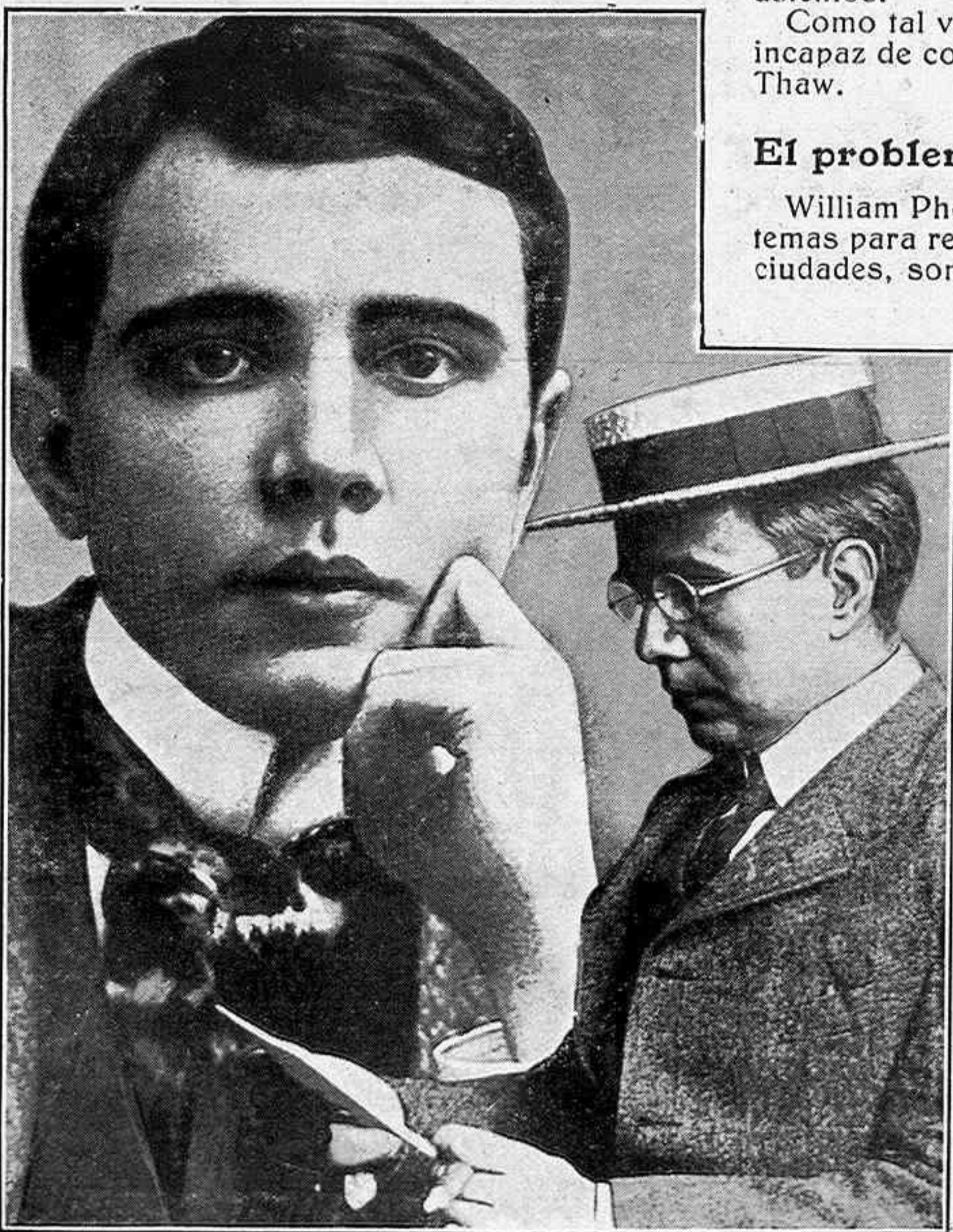
Primero, los guardias, con sus cortos bastones blancos, que levantaban para suspender el paso de vehículos; luego, las prolongaciones de las aceras, llamadas «promontorios de protección»; después los «kioscos de señales», en torno de los cuales deberán circular los carruajes; los agentes especiales para detener a los jinetes, a los cocheros ó a los automovilistas que se excedan de la marcha; por último, el *block system*, que consiste en detener y repartir alternativamente, en la intersección de dos ó varias calles, los carruajes, dándoles salida por riguroso orden.

Todo esto lo estudió mister William Pheps Eno, lo puso en práctica en Nueva York é incluso llegó a lo que hoy día han adoptado casi todas las naciones, a la «circulación en el sentido único», y que, no recordando que ya en la antigua Pompeya se practicaba, se le ha bautizado con el nombre de «sistema Eno», y aquí mismo, en Madrid, con muy poca ortografía, «llevar la izquierda».

Sin embargo, hay otros procedimientos más eficaces que los empleados en Londres, y que los perfeccionados ó inventados por el Sr. Eno, é incluso que los flamantes semáforos neoyorquinos. Bastaría un buen revólver de varios tiros, con el que se autorizara al peatón a defenderse.

Por lo menos contra los automóviles dirigidos por niños góticos, y contra las caballerías de los lecheros, que aquí, en Madrid, son los enemigos naturales de las personas.

José FRANCÉS



El multimillonario Harry Thaw, cuando mató al arquitecto White, y nueve años después, al salir del Manicomio en que ha estado recluido
FOT. HUGELMANN

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

**LA TISIS PUEDE
SER CURADA**

DESCUBRIMIENTO DE UN REMEDIO CONTRA LA TISIS



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los periodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padezcan de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouverie Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfío de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

Lea Ud. los sábados

"NUEVO MUNDO"

30 céntimos número

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

COMPañY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6

MADRID

Del Amor,

Del Dolor

y

Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

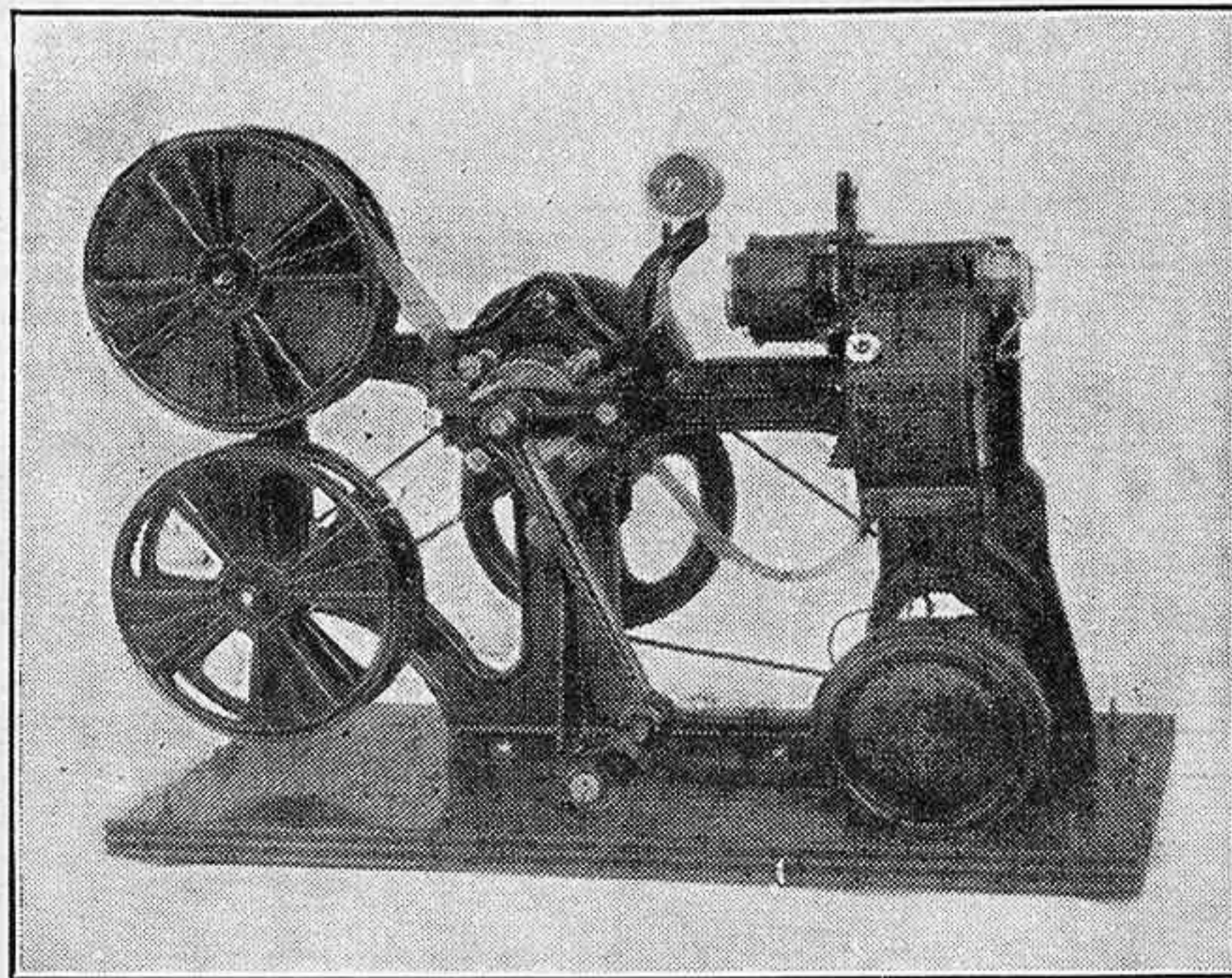
originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid





CINEMATÓGRAFO KOK

No necesita instalación especial; no exige operador: un niño puede manejarlo sin el menor peligro :: Las películas son incombustibles :: Puede enchufarse á la instalación de una bombilla eléctrica corriente y puede manejarse á mano.

Agentes exclusivos para España y Portugal: **VILASECA Y LEDESMA** MAYOR, 18 entresuelo

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** ☐ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: **50 céntimos**
Se publica todos los sábados.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. **ORTIGOSA y COMPAÑÍA**—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

*Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista*

Por Esos Mundos

Arte ≡ Ciencias ≡ Literatura ≡ Historia ≡ Teatro
Modas ≡ Deportes ≡ Poesía ≡ Viajes ≡ Novelas
Actualidad ≡ Encuestas ≡ Curiosidades ≡ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA